

CORRESPONDENCIA

CHINA

Un nuevo templo.—Piedad de los neófitos.—Celestiales favores

El Rdo. P. José Mann, de la Compañía de Jesús, misionero del Tche-ly Sudeste, escribe desde Tchang-Kia-Tchuang con fecha 20 de Diciembre:

HACE ya algunos años que el Rdo. P. Brueyre, de venerada memoria, abrasado del celo de la gloria de San José emprendió la difícil tarea de levantarle un templo para que en nombre de su Divino Hijo tomase posesión de esta tierra, en la que el demonio parece ser el único dueño y señor. Hoy que, gracias á la protección del cielo y á las limosnas de los europeos, tenemos concluido y dedicado el templo, nos creemos en el deber de dar á conocer á cuantos se interesan por la santa causa de la Religión un hecho tan importante como es el que en estas apartadas regiones, y en medio de unos pueblos que gimen aún bajo el peso de la idolatría, se levante un templo cristiano y esté consagrado al benditísimo Esposo de María, al Patrón de la Iglesia universal, San José.

Si con la imaginación retrocedemos veinte años, veremos á dos pobres misioneros que, paseando por la cumbre de una colina de Tchang-Kia-Tchuang, encuentran una colosal estatua de bronce: era un ídolo, un P'onsa. «He aquí un sitio usurpado por el demonio y que de derecho pertenece á San José,» dijeron los Religiosos, y tomando una medalla del bienaventurado Carpintero de Nazaret, la colocaron en lo alto de un árbol. ¿Quién lo dijera? aquel acto tan insignificante fué una verdadera toma de posesión, pues á los pocos meses ya habíamos comprado la colina, de donde arrojamus al demonio. Desde luego nos propusimos consagrar el lugar á San José edificándole un templo, pero esto importaba, á más de los contratiempos anejos á tales obras, mucho dinero. Estábamos resueltos á sufrir los primeros; para

lo segundo, el Rdo. P. Brueyre se dirigió á los cristianos europeos, cuya generosidad se manifestó bien pronto en muchas y abundantes limosnas. Pronto surgieron las dificultades; pero al fin, superadas todas, edificamos el templo en la falda del monte, y el día 13 del último Agosto los colegiales, seminaristas y misioneros pudimos trasladarnos al nuevo templo, acompañando al excelentísimo Sr. Bulté, que lo bendijo. Acabada la bendición, el mismo señor Obispo celebró de pontifical, mientras nuestros jóvenes seminaristas chinos cantaban himnos en honor de San José; después de lo cual, y á imitación de lo que se hace en Europa, nuestra banda china ejecutó algunas piezas.

La nueva iglesia es bella y espaciosa, relativamente

á lo que puede desearse en una Misión; está toda construída de ladrillo, cosa nueva en este país: dos hileras de columnas de madera pintada la dividen en tres naves, y tiene un bello rosetón en el frontispicio, y grandes y numerosos ventanales á ambos lados.

Hace ya mucho tiempo que nuestros cristianos, todos los días del mes de Marzo acuden á la iglesia para cantar en común las Letanias del excelso Patriarca ó alguna otra oración. San José, por su parte, les bendice alcanzándoles la paz de que en medio de las penas gozan los hijos de Dios, y aun quizá con favores temporales, como lo prueba un hecho reciente. Un misione-

ro encomendó á los cristianos que trabajaban en la construcción de una iglesia, que á pesar del trabajo no dejaran pasar un solo día de Marzo sin dirigir al Patriarca San José las acostumbradas súplicas. Hiciéronlo efectivamente, y á ello creen deber el que un obrero no se lastimase al caer desde un alto andamio en un montón de ladrillos.

El Seminario cuenta á más de los favores ordinarios, uno muy especial. En otoño último nuestra Misión sufrió grandes pruebas: fuertes lluvias seguidas de inundaciones destruían por arriba y minaban por abajo nuestras pobres casas, construídas de ladrillos secados al sol. Vimos venir al suelo parte del colegio y residencia, casi todo el Seminario, la posada de los catequistas,



Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fr. JOSÉ MACIÁ Y VIDIELLA, obispo de Loja

(Pág. 310)

las habitaciones de los criados, etc., etc., cosas todas que con tanta pena habíamos edificado. Llegó la noche del 18 al 19 de Septiembre; al acostarse los seminaristas, oyeron crugir fuertemente la techumbre del dormitorio, pero el pavor pasó pronto y quedaron todos dormidos, menos uno que de ningún modo pudo conciliar el sueño, como si un celestial mensajero le destinase á ser el salvador de sus amigos. Las once serían cuando no pudiendo contenerse más el nuevo vigilante, llamó á los compañeros y les incitó á que trasladasen las camas á otra habitación y se fuesen á dormir en ella. Pocos minutos después el techo se venía abajo, convirtiéndose en montón de ruínas lo que acababa de servir para dormitorio. Nuestros jóvenes seminaristas viendo un hecho tan extraordinario lo atribuyeron á la protección de San José, en cuyo honor comenzaron inmediatamente una novena en acción de gracias, seguida de una Comunión general.

El Rdo. P. Brueyre, antes de subir al cielo á recibir el premio de su larga vida de apóstol, fundó en la Misión la Cofradía de la Buena Muerte, bajo el patrocinio de San José. De las varias cristiandades en que se halla establecida dicha Asociación, una particularmente merece mencionarse. A las reglas ordinarias de la Cofradía ha añadido otras locales que prueban un celo y caridad verdaderamente apostólicos; á la muerte de un cofrade se abren subcripciones para hacer celebrar Misas por el eterno descanso del alma del difunto; prohíben ciertos juegos, y hay multas señaladas para los infractores de esta regla. Para conocer la importancia de este artículo, conviene saber que el juego, vicio tan perjudicial á las costumbres como á las fortunas, es cosa muy común entre los paganos, y hasta llega á seducir á alguno que otro fiel. Presentóse un día un viejo jugador, solicitando ser admitido á la Cofradía de la Buena Muerte. Fijáronsele algunos meses de prueba y se le hizo prometer no volvería á entregarse á su vicio favorito; pero pocos meses después reincidió, despreciando y maldiciendo las reglas á que antes se sujetara. No paró aquí, sino que el endurecimiento de su corazón llegó al extremo de no cumplir con el precepto pascual. Los católicos, desconsolados y temiendo por su suerte, oraron mucho por él. Pero he aquí que nuestro jugador se puso enfermo y «un día, refirió él mismo, vi que mi madre, muerta desde hace muchos años, entraba en mi cuarto, junto con otras señoras ricamente vestidas. Acercáronse á mí, vituperaron mi conducta, y, después de hacerme una hermosa descripción de la patria en que habitaban, se retiraron convidándome á que las siguiese. Hice todos los esfuerzos imaginables para ello, pero sentí que el peso de mis culpas me retenía como atado.» Así aquel desgraciado explicó el hecho á su hermano, excelente católico, quien al instante acudió á los asociados para que de nuevo admitiesen al reincidente jugador. Obligósele á la pública retractación de los escándalos, á pedir perdón de los disgustos que había ocasionado á los cristianos, catequistas y misioneros, lo cual aceptó el delincuente, pagando la multa que se le imponía como miembro de la Asociación de la Buena Muerte en presencia de toda la parroquia reunida, lo cual fué de grande edificación para cuantos presenciaron la escena.

GOLFO DE GUINEA

III

Viaje del Rmo. P. Ramírez á Gabón

DESEOSO de conocer por mí mismo la isla de Corisco, donde trabajaron con tanto celo como desinterés los Padres Jesuitas, dice el Rmo. P. Ramírez, determiné visitar aquella apartada isla. Al efecto emprendí un viaje á Gabón en un vapor inglés, proponiéndome desde allí volver á Corisco en una lancha que no dudaba me dejarían los misioneros franceses establecidos en Gabón. Aprovechando la primera ocasión propicia, despedí de mis hermanos con grande sentimiento; pues que me veían partir solo, é ignoraban cuándo se ofrecería vapor oportuno para volver y las peripecias que podían ocurrirme en un viaje peligroso y entre extranjeros. ¡Pobres hermanos! ¡cuán fundados eran sus temores!

«Pocas horas después de haber partido me sentí enfermo y fui á descansar al camarote: nadie se acordó de mí, ni venía á verme. Los camareros, cumpliendo su oficio, pasaban y me preguntaban algo que no entendía, ni ellos tampoco me comprendían. A los tres ó cuatro días creo les hice entender que deseaba ser visitado por el médico, pues compareció un negro que no sé lo qué me dijo, ni lo qué me recetó. Yo no podía tomar nada, tanto por la continua basca que me oprimía, como por lo raro de las comidas inglesas: me iba debilitando, y nunca acabábamos de llegar. Descubrimos unos montes no distantes, y reconocí ser los de Fernando Poo: con tantos días de viaje no habíamos adelantado apenas nada; habíamos pasado el tiempo costearlo. ¡Bendito sea Dios! Tomé la resolución de dejarlo todo en manos del Señor y disponerme para la muerte: solo, sin que nadie cuidara de mí, enfermo, y dirigiéndome precisamente á un país desconocido, poco tenía que esperar. Mas no había sonado todavía mi hora, y el Señor quería otros sacrificios.

«Llegamos á Gabón, cuando ya no sabía lo que me pasaba, ni hablaba, ni apenas entendía. Los tripulantes, que sabían era aquél el término de mi viaje, me tomaron en brazos y me colocaron en una lancha, para que los remeros, todos indígenas, me trasladaran á tierra. Los pobres negros, viéndome con el traje de misionero, instintivamente dirigieron la barca á la playa de la Misión. Me tomaron á cuestras, y sin darme cuenta me pusieron en tierra. Al momento un Padre misionero francés me echó los brazos al cuello, y con las mayores señales de cariño me hizo trasladar á la Misión para volverme la vida, que por momentos iba perdiendo. Este misionero era el ilustrísimo señor Obispo, que ciertamente el Corazón de María había traído á la playa para salvar á este su hijo. ¡Cuán cierto es que la Religión de Jesucristo no distingue naciones ni razas, sino que todos los hace hermanos, hijos de un mismo Padre! Teníamos que entendernos en latín, pero esto no disminuyó un punto los desvelos que se tomaron por mi salud; tanto que á los pocos días estaba ya restablecido. Entonces con una lancha de la Misión y un Hermano para mi servicio y consuelo, pasé á Corisco, donde

hallé las mayores muestras de afecto por parte de aquellos isleños, sobre todo de un cristiano instruido por los Jesuitas, quien como poseía el español, me sirvió de mucho para hacerme entender y conseguir autoridad y buen nombre.

«Visité al rey exponiéndole el objeto de mi visita y lo mucho que se interesaba España por sus adelantos; de todo lo cual quedó altamente complacido: me acompañó por su real palacio, fabricado de palos y cañas; reunió á los principales de la corte en un departamento donde celebraba las audiencias; hizo retirar todos los que no tenían voto en la materia, quedándose solo con una de sus mujeres que no le deja nunca, y manifestó á la asamblea quién éra yo y que con el tiempo tal vez me establecería entre ellos, de lo que quedaron muy satisfechos.

«Si bien no hay allí la degradación que en la isla de Fernando Poo, tal vez haya más malicia por el roce continuo que han tenido con los protestantes y europeos, ya en sus viajes á Elobey, ya en su misma isla. Esta es bastante llana y arenosa, pero solamente habitada en la costa, quedando el centro intransitable por la espesura del bosque y no pocos charcos de agua. No se cultiva aquí el ñames, supliendo este alimento con otro tubérculo llamado yuca, que no les da tanto trabajo y se presta á más variedad de guisados. Uno de los más comunes es hacer de la raíz de la yuca una pasta que, amasada y arreglada, queda á veces como á panes y lo más frecuente como longanizas, cubiertas con una hoja de plátano. Arreglada de este modo se conserva largo tiempo, haciendo con ella un verdadero negocio. El cultivo de esta planta, lo propio que del plátano, banana, malanga y pocas más está confiado á las mujeres, razón porque cada hombre tiene todas las que puede; profesándoles un cariño tan escaso, que cuando no le sirven para el trabajo, ni para sus brutales instintos, las abandona, viéndose las miserables, después de haber pasado la vida en la esclavitud y humillación, morir de miseria á orillas del mar ó dentro los bosques.

«Las viviendas de los corisqueños son más aseadas y bien distribuidas, y si bien no están mejor amuebladas, saben á lo menos prepararse en alto una cama para acostarse. No se ven en sus moradas tantos objetos supersticiosos; su traje es algo más modesto que el de los bubís de Fernando Poo. Las mujeres mayores de edad y los hombres de edad viril, llevan la inmensa mayoría enaguillas que, atadas á la cintura, les cubren hasta los pies, y aun muchos hombres cubren la parte superior del cuerpo con una camisa y con un paño las mujeres.

«Satisfecho ya de aquella gente y cumplido el objeto de mi viaje, partimos de nuevo con el Hermano francés á Gabón, para desde allí esperar un vapor que me condujera á Santa Isabel. Llegados á la Misión francesa esperé días y más días y no se presentaba ocasión propicia. Por fin quiso la Divina Providencia que á los cuarenta días de mi partida de Santa Isabel pudiese volver sano y salvo; después de haber pasado por inexplicables peligros.»

IV

Primer viaje de los misioneros á la isla de Annobón.

La isla de Annobón es la más lejana de nuestras colonias de la costa occidental del Africa, pues que está situada en el hemisferio del Sur á unas trescientas millas de Fernando Poo y en los grados 1°25 latitud y 11°51 longitud al Este de Cádiz. Como á fines del pasado siglo se sabía haber sido misionada aquella isla por los portugueses, á cuyo dominio pertenecía, suponían nuestros misioneros debía conservarse todavía alguna ráfaga de la brillante luz de la fe, tanto más cuanto no había pasado á eclipsarla ningún sectario del error. Todo esto excitaba en los Padres una santa curiosidad de visitar aquella colonia y enterarse del estado de sus habitantes y de sus disposiciones para el día en que pudiera implantarse allí una Misión. Esta emulación celosa iba en aumento á medida que se recibían de aquella apartada isla noticias más favorables á la propagación del Evangelio.

Quiso el Señor que un día la goleta que estaba en el puerto de Santa Isabel diese la vuelta por todas las posesiones españolas, incluso la isla de Annobón. No perdieron tiempo nuestros Padres para solicitar el competente permiso y formar parte de la expedición. Dos eran los misioneros encargados de la empresa: el P. Frigola y el P. Pagés. Para no perder tiempo dejaron la costa africana á un lado y dirigiéronse en seguida á la isla de Santo Tomé, que ocupa el centro de la línea ecuatorial. Dejemos que ellos mismos nos expliquen las impresiones de viaje.

«Admirónos, dicen, el ver el interés y buen gusto que tuvieron los lusitanos en la colonización de aquella isla. La población parece una ciudad europea, las calles bien alineadas, muchos edificios de mampostería, varias tiendas de comercio; coches, carros acarreando café, cacao, maíz, etc.; animales vacunos, caballerías, todo va en grande. Han desmontado casi por completo el país, haciéndole productivo y bastante sano para poder vivir allí los numerosos blancos que se han establecido por razón del comercio.

«Pero no era éste el término de nuestro viaje: dejada la hermosa isla de Santo Tomé, partimos para Annobón. Triste y sombrío es el aspecto que presenta á primera vista: unos matorrales esparramados por entre las peñas es la única vegetación que ofrece la parte de la isla que mira al puerto y la en que está edificada la única población que hay en la isla.

«A medida que nos íbamos acercando, descubríamos más de cerca la población que está á la falda del monte, no lejos de la playa. Los isleños, al ver de lejos un buque que se acerca á la isla, se reúnen, gritan, bailan, y todos los hombres se disponen á salirle al encuentro: tienen tres grandes canoas, con sus remeros escogidos al efecto, que de muy lejos y cantando les salen á recibir, con el fin de poner en tierra á los viajeros que lo deseen. Entre tanto se agrupan al rededor de la nave una infinidad de pequeñas canoas, que traen á vender gallinas, huevos, cerdos ó plátanos, produciendo estrepitoso ruido, que aumenta y se hace casi insufrible al llegar á la playa.

«Con la velocidad del rayo corrió la voz de que llegaban misioneros, y una explosión de gozo mucho mayor dejóse oír en aquel infortunado pueblo. Se acordaban, los pobrecitos, por lo que habían oído á sus antepasados, que el misionero lleva siempre consigo un no sé qué de consolador y caritativo. Precisamente en aquel entonces padecía la isla una sequía espantosa, y como instintivamente creyeron que la voz del Padre tendría sin duda más eco en el divino acatamiento: nos pidieron, por tanto, en seguida pasáramos á la iglesia á decir *un poco de Misa* para conseguir la gracia de la lluvia: rehusamos nosotros el honor que se nos hacía, y les respondimos podían hacer ellos su función, que nosotros asistiríamos gustosos. Acompañados del cura (nombre que daban á cierto sujeto que administraba la iglesia) pasamos al santo templo. ¡Dios mío! ¡y qué rarezas! las paredes estaban llenas de cuadros, al parecer para adorno, pero en realidad muy ridículos: estos *preciosos cuadros* no eran otra cosa que extravagantes cromos, algunos retratos de señoras inglesas y de soldados, etc. En el altar mayor había un San Pedro y San Juan vestidos con no sé qué, á quienes habían puesto un gorro catalán que les llegaba hasta las orejas, y otras mil y mil extravagancias imposibles de describir. Todo lo mejor que tenían lo llevaban á la iglesia y lo colocaban lo mejor que sabían. Para decir lo que llamaban *un poco de Misa* salió el cura de la sacristía, vestido con un ropaje á manera de sotana azul con dos acólitos que llevaban el ritual. Colocados frente al altar, entonó la Letanía de los Santos (leyendo ó mejor teniendo el libro en las manos), y al llegar al Santo del día tocaron á *Sanctus* con la campana de la iglesia. Se cantaron algunos salmos, que el pueblo repetía bastante bien, y he aquí concluida la Misa. ¿Qué hacíamos nosotros entre tanto? Júzguelo nuestros lectores. Por una parte eran cosas de risa, y por otra daba compasión ver aquellas pobres gentes orando á su manera con tanta fe y confianza, siguiendo sin duda los consejos que les dieron los misioneros al partir.

«Pedimos al cura y maestro escola, que eran como los principales del pueblo, y que se nos mostraban sumamente simpáticos, explicaciones de todo, y nos dijeron cómo ellos conservaban lo que les habían enseñado los misioneros, que celebraban las festividades de los Santos, de nuestro Señor Cristo y de María Santísima.

«Tenían también su calendario (que sin duda les servía para alguna ceremonia, porque de memoria sabían todos los Santos que se iban sucediendo), de donde colegimos que no se apartaban mucho de la verdad, pues solamente discrepaban en las fiestas movibles: aquel año celebraban la Pascua algunos días después que nosotros. Dijéronnos además que remedaban el Bautismo, ó mejor dicho, que bautizaban á sus hijos, y que rezaban sus oraciones: sobre todo, los salmos eran mucho de su gusto, etc.

«Nos acompañaron á ver la población: las casas son de tabla, más altas que en Fernando Poo y cubiertas de paja ó hierba seca: una puerta con una grada antes de la entrada de paso á estas viviendas, por lo común de un solo departamento. Allí viven, duermen y hasta casi comen juntos las gallinas, los perros, los cerdos y la gente; de modo que despiden un olor pestilencial.

Hasta la edad de doce ó trece años no usan ninguna clase de vestido: después llevan más ó menos ropa, que nunca lavan; así es que da asco verles. Cultivan el plátano, la palmera de aceite y la yuca, que arreglan de un modo bastante apetecible, haciendo tortas en unas cazuelas de barro que allí mismo se fabrican.

«Nos explicaron la manera extraña de elegir su rey, que ha de ser al duodécimo vapor que echa anclas en la isla; de modo que al zarpar de sus playas el undécimo, ya deliberan sobre quien ocupará el trono al llegar á sus costas el vapor que decide la caída del monarca y la elevación de otro nuevo.

«Diéronnos claras muestras de aprecio y de que seríamos bien recibidos si un día determináramos establecernos entre ellos; lo que nos pidieron mucho y con grandes instancias al acompañarnos á la playa. Tales fueron las gratas impresiones que recibimos en este viaje, quedando convencidos de que las posesiones españolas del Golfo de Guinea estaban bien dispuestas á la luz del Evangelio. Todo esto nos hacía levantar las manos al cielo, pidiendo al Señor enviara cuanto antes obreros á su viña.»

ALASKA (América Septentrional)

(Continuación) (1)

Las Hermanas en Alaska.—Comienzo de la estación de Holy Cross

EL año 1888 fué ciertamente de bendición para nosotros. Además del P. Gaspar Genna y del Hermano coadjutor Rafael Rosati, vinieron las tres Hermanas de Santa Ana, sor María Estefanía, irlandesa; sor María Josefa, belga, y sor María Paulina, canadiense. Lloraban todos de contento, y los salvajes y aun los rusos no cesaban de admirar el valor de aquellos tres ángeles que ofrecían la vida por el bien de los infelices esquimales. Tantas, empero, eran las dificultades que se debían vencer para alojarlas, que llegué á juzgar sería mejor volvieresen á San Francisco en el mismo buque. No obstante, habiendo manifestado las Hermanas que estaban dispuestas á sufrir todas las incomodidades por amor de Dios, resolvimos construir una casa, y entre tanto vivir en tiendas. Y como únicamente la cruz de Jesucristo podía dulcificar las privaciones que nos aguardaban, decidióse que la nueva estación se llamaría *Holy Cross*, ó sea Santa Cruz. Levantámosla cerca de la aldea de Kosyrersky, en la orilla derecha del Yukón, á cuatrocientas millas de la costa. Todos los Padres trabajamos en la construcción, ayudados por los salvajes, y también por las Hermanas, que si en los primeros meses no tuvieron que sufrir el frío, experimentaron las molestias propias de los insectos, de los que no hay modo de librarse, especialmente de noche y en las tiendas.

Bien ó mal pronto concluimos la cabaña de dos pisos, destinando el bajo á capilla, habitación, escuela y cocina, y el superior á dormitorio para niños: las Hermanas alojáronse en ella, pero con tal pobreza de utensilios domésticos y demás cosas indispensables, que para con-

(1) V. núm. anterior, págs. 270-271.

solarse tuvieron que recordar el establo de Belén, donde nació el Salvador del mundo.

Los PP. Ragaru y Genna partieron para Nulato con el H. Rosati, y yo permanecí con el P. Robaut en Kosyrevsky para asistir á las Religiosas y preparar la escuela. Aquel primer año, empero, sólo pudimos reunir

Con la primavera volvió el vapor de San Francisco trayendo provisiones que remediaron en parte las más perentorias necesidades. En él vino el P. José Treca y el H. Juan Negro.

Al llegar el verano dispuse que mi querido Andrés, que nunca quiso separarse de nosotros, fuese á Nulato



TÚNEZ.—El guía Mohamed, las piscinas y el oasis de El-Hamma. (Pág. 305)

tres niños de San Miguel y nuestro Andrés, á causa de lo mucho que trabajaron los protestantes y especialmente los rusos para disuadir á los salvajes de que nos confiaran sus hijos, llegando hasta á propalar que las Hermanas habían traído en las cajas unas horribles serpientes, para destrozar á las niñas que pusiesen el pie en su escuela. Esto por otra parte fué casi un bien, porque en Alaska transcurre por lo menos un año antes los hombres no se acostumbran al rigor del clima, y mucho más lo necesitaban aquellas tres Religiosas, reducidas á la mayor estrechez. En el invierno todas enfermaron y fueron inhábiles para el trabajo, contribuyendo sin duda á esto la humedad y el alimento grosero y escaso. Sólo una vez á la semana podían comer un poco de caza, y con frecuencia transcurrían veinte días sin probar un bocado de carne. Reducíase su comida á pescado, no de primera calidad, sin legumbres, y sólo alguna que otra vez frutas silvestres secas. Ni siquiera podían ayudar la digestión con un poco de vino. Añádase á esto un frío intensísimo de cuarenta, cincuenta y más grados bajo cero, y no por espacio de una ó dos semanas, sino de meses, tanto como dura allí el invierno.

con objeto de reunir niños para la escuela. A nadie mejor podía encomendarse la empresa, pues supo hablar tan bien de la escuela y de nosotros, y vencer todas las resistencias, que volvió con diez muchachos y otras tantas niñas, haciendo el viaje en una barquita por el Yukón en compañía de uno de los Padres. Este fué el primer fundamento de la escuela de Holy Cross, que se ha ido desarrollando hasta contar más de ochenta niños de ambos sexos, y cerca de treinta externos. Los salvajes nos encomiendan gustosos sus hijos, y nos los mandan desde aldeas distantes cuatrocientas ó quinientas millas. Todos los niños de los comerciantes vienen ahora con nosotros, y muchos por voluntad de sus padres han dejado las escuelas protestantes, á pesar de lo mucho que clamaron por ello los ministros abandonados. Si alguna cosa nos falta, no es el lugar donde acogerlos, pues las casas en Alaska se hacen muy presto, sino el personal y los medios de subsistencia.

Ampliándose con el favor de Dios esta obra, que en pocos años, como esperamos, mudará la faz de Alaska, conquistándolo para la fe, tratamos de construir nuevas casas para las Hermanas y para nosotros mismos, tanto más cuanto en Junio de 1890 se aguardaba un refuerzo

de Religiosas; pero por desdicha sólo llegó el P. Guillermo Iudge, de la provincia de Maryland, junto con el H. Bernardo Cunningham.

En Junio del año siguiente el P. Francisco Barnum, de Maryland, y el H. Tomás Power, acompañaron á sor María Constanza, sor Venefrida y sor Angelberta. Grande fué el gozo de las tres excelentes Hermanas de Holy Cross al abrazar de nuevo á sus compañeras al cabo de tres años de vivir solitarias en aquel extremo del mundo, y llevando todo el *pondus diei et æstus*, que la mayor parte del año en Alaska bien pudiera trocarse en *pondus noctis et frigoris*. Toda nuestra Misión participó de su gozo, no sólo por el aumento de personal, sinó también por una extraordinaria providencia de Dios, que alivió algún tanto nuestra penuria.

El P. Barnum, de familia americana muy rica, apenas tuvo noticia de que se le destinaba á Alaska, lo escribió á su hermana, que á la sazón encontrábase en París. Esta excelente señora se dirigió inmediatamente á San Francisco para dar el último adiós á su hermano misionero. Llegó á tiempo, y al enterarse de la estrechez con que aquí vivimos, proveyó al Padre de todo lo necesario. Nuestra Misión estará siempre muy agradecida á la ilustre bienhechora, y nuestros salvajitos la encomendarán á Dios en sus inocentes oraciones.

Cuando llegó el P. Barnum con las Hermanas, la construcción de Holy Cross estaba ya concluída. La estación se compone de tres cuerpos de edificio, suficientemente cómodos y bellos. El primer piso se halla dividido en tres partes: las dos extremas destinadas á escuelas para niñas y muchachos, y dormitorio; en el centro hay la capilla, la cocina, y las celditas para las Religiosas. En el piso superior están los dormitorios de éstas, la guardropía, y otras estancias de uso común. Las camas se han dispuesto junto á la pared, unas sobre otras, como se acostumbra en los buques, ganándose así mucho terreno. Al principio nos servía de colchón una piel de oso; ahora hacemos jergones llenos de heno. Desconociéndose las sábanas en Alaska, las sustituimos con un cobertor de lana ó con dos pieles cosidas en forma de saco, en el que se duerme muy caliente. En los viajes estos sacos de piel constituyen todo nuestro lecho.

A cuatrocientos metros de la casa de las Hermanas hay la de los Padres, casi la mitad más pequeña, y dividida en cámaras para nosotros, y escuelas y dormitorios para los alumnos. La primera casa que construimos el primer año está en medio, y por entero la hemos convertido en iglesia, la cual no parece ciertamente un San Pedro Vaticano, pero para Alaska es no sólo suficiente, sino también graciosa y aún bella. El P. Iudge con buen gusto cubrió las paredes del presbiterio con papel de tapicería, y puso en el altar varios adornos y flores artificiales (cosa absolutamente nueva en el país), siendo el encanto de los niños y salvajes. En esta iglesia todos los domingos se celebran con el mayor recogimiento la Misa solemne y las demás funciones de la liturgia, mientras los niños cantan admirablemente las melodías gregorianas y otros cánticos ingleses y en su lengua vulgar, con acompañamiento de armonium por una Hermana.

Toda mi vida recordaré la última noche de Navidad

que pasé en Alaska, el año 1891. El P. Iudge compuso un bonito belén con figuritas que había traído, lo cual fué una verdadera maravilla para los indígenas. Empecé la Misa á media noche; á las nueve bautizamos *sub conditione* á treinta y cuatro alumnos y un doméstico salvaje ya bautizados por los rusos; más tarde dicho P. Iudge cantó la tercera Misa, y al medio día se dió la bendición con el Santísimo. Ochenta indios de la vecina aldea, todos los que cabían, asistieron á las funciones, además de los escolares. En 1892, en que me encontraba yo en Europa, se habrá celebrado la Natividad del Señor en la nueva iglesia, con más solemnidad y mayor concurso de salvajes.

En los alrededores de Holy Cross se cultivan ahora patatas y muchas otras legumbres, que crecen rápidamente merced á los largos días de verano, en que el sol está casi constantemente sobre el horizonte.

Este estado, que puede considerarse floreciente, de la residencia de Holy Cross, mueve á los salvajes á establecerse junto á nosotros, pero sólo se lo permitimos á condición de que construyan sus casas por el estilo de la nuestra, es decir, sobre el suelo, y que en el modo de vivir se atengan siquiera á los primeros elementos de la civilización. Esperamos confiadamente, pues, que en Holy Cross se formará en breve un pueblo civilizado y católico. Lo mismo intentamos hacer en Nulato y en las restantes estaciones del Cabo de Vancouver.

EN LAS ORILLAS DEL RÍO SAN JOSÉ

RELACIÓN DE UNA VISITA Á LAS ESTACIONES DE LOS MISIONEROS DEL SAGRADO CORAZÓN EN NUEVA-GUINEA, POR EL RDO. P. FERNANDO HARTZER, MISIONERO DEL SAGRADO CORAZÓN.

VI

19 de Noviembre.—Un día en el pueblo de Aipeana.—El baile.—Regreso á Inawui

EL día siguiente, estando el tiempo poco seguro, el P. Vitale y yo partimos para Aipeana.

Al salir de Inawui entramos de nuevo en el bosque, inundado en gran parte, como sucede en este país la mayor parte del año. La fertilidad de este suelo es extraordinaria: compuesto de arena negra, sin mezcla de piedras, constantemente impregnado de agua y recibiendo los rayos de un sol ardiente, no hay pulgada de terreno que no esté cubierta de vegetación.

Magníficas son las plantaciones de bananos y patatas dulces, lo mismo que las cañas de azúcar; y el tabaco indígena es considerado en Queenslandia de tan buena calidad como el mejor de Java ó de América.

Pronto llegamos al pueblo de Aipeana, que dista pocos kilómetros de Inawui, y es más grande que éste. Fórmalo una calle grande con casas á los lados y huertos detrás. En muchas de esilas hay postes esculpidos que no dejan de producir su efecto.

Colgado en una *marca*, ó casa de recepción, he visto un escudo de tres metros de alto por unos treinta centímetros de ancho, de dibujo raro, imitando una griega más ó menos regular.

El pueblo cuenta por lo menos mil almas, y casi otras tantas los otros dos, que sólo distan cinco ó seis minutos. El Ilmo. Navarre se propone fundar aquí una estación, para el Norte de la provincia de Mekeo hasta las montañas. En el terreno adquirido al intento, ondea ya el estandarte del Sagrado Corazón.

Apenas tuvieron noticia de nuestra llegada, salieron á recibirnos los habitantes. Sin detenernos nos dirigimos hacia la estación del Gobierno, distante unos veinte minutos.

Por el camino supimos que el agente Sr. Colt daba aquel día un *maruru* y un gran *ratza* esto es, un baile seguido de un festín para pagar la construcción de su casa, recientemente concluída por los salvajes.

Encontramos algunos que se dirigían á la fiesta llevando todos sus adornos. Uno de ellos se había pintado la mitad del rostro con ocre amarillo y la otra mitad de negro. Una línea divisoria partía de la parte superior de la frente, pasaba por la nariz y terminaba en la barba: el resto del cuerpo ofrecía el mismo aspecto. ¡Qué rostro más horrible, sin expresión ni vida! Con tal compañía llegamos á la estación del representante del Gobierno, quien pone á nuestra disposición su casa. En ella encontramos al comandante de las tropas de Nueva Guinea, que reunidas apenas forman una compañía. Este jefe ha viajado mucho, conoce perfectamente el Sud de Africa, el Cabo de Buena Esperanza y la región de las altas mesetas. Ha visto muchas cosas, y nos refiere sus aventuras con la mejor voluntad del mundo.

Por desdicha la lluvia, que ha sido continua, se convierte en aguacero. Nuestro comandante profesa la máxima de que para tales chaparrones es absolutamente preciso echar mano de las preparaciones febrífugas con que la química de este siglo ha dotado al género humano. En cuanto á los salvajes, no se detienen por tan poca cosa: para ellos la danza es lo primero. Así se colocan en dos hileras de frente, alternando los hombres con las mujeres. Cada danzante ostenta en la cabeza pluma, conchas, aves del paraíso, en una palabra, sus más bellos *hupis-hupis*. Relucen sus cuerpos con un baño de aceite de coco, y llevan en el cuello, en los brazos, en las muñecas y en los tobillos dientes de perro, conchas y plumas. A su ceñidor hay añadida una larga cola amarilla y roja. Las mujeres, aunque untadas también con aceite, nada llevan en la cabeza; pero en cambio van sobrecargadas de collares y brazaletes, y se afean con inmensos pendientes en las orejas y un hueso atravesado en la membrana de la nariz. Una vi que tenía así horizontalmente sobre el labio superior un hueso de veinte centímetros de longitud. Todas se cubren con una especie de faldas compuestas con hierbas de diferentes colores, y que les llegan hasta las rodillas. Durante el baile tienen las manos juntas y caídas hacia delante, y la vista fija en los pies.

Sus movimientos no son propiamente un baile, sino más bien un paso rítmico muy lento, acompañado de un canto monótono cuyas palabras carecen de sentido.

Durante este tiempo cada hombre bate cadenciosamente el tambor, hace describir parábolas aéreas á sus *hupis-hupis*, y se balancea gravemente como un ánade.

No teniendo *hupis-hupis* que mover, las mujeres se miran con complacencia los pies, á la vez que siguen el movimiento lateral de la banda que se adelanta de derecha á izquierda ó viceversa. Concluída la estrofa, los hombres se detienen y dan un redoble de tambor: luego vuelven á comenzar siempre lo mismo, no pocas veces hasta media noche.

Al *maruru* debía seguir el principal aliciente del día, quiero decir el *ratza*. Al efecto se habían inmolado tres cerdos, y el baile sólo era la preparación para el festín.

Fuimos de los invitados, pero como declinaba el día, y amenazaba empeorar el tiempo, no pudimos aceptar el obsequio, y regresamos á Inawui.

El bosque, sombrío y sin vida, ha perdido absolutamente todos sus encantos, y estamos literalmente calados hasta los huesos, en medio de estas altas hierbas humedecidas por la lluvia. Sobre nuestras cabezas lloran los árboles: cada hoja de banano es una gotera, y cada palmera se convierte en regadera.

Los salvajes que nos acompañan caminan muy apri- sa: si no el traje, les incomodan los paquetes, cuyo peso ha doblado con la lluvia.

¡Cuántos encantos ofrece viajar por estos países aun inexplorados, contemplar esta sin par naturaleza y recorrer esos frondosísimos bosques acompañado de fieles salvajes! Tales reflexiones me consolaban mientras que, encorvado bajo impetuoso huracán, procuraba sacar, rodeado de espinos, un zapato que había desaparecido en el lodo, al mismo tiempo que llamaba á mi gente que andaba con suma ligereza por el bosque, como quien no tiene calzado que perder.

Felizmente al término del camino encontraremos la Misión, pues siuviésemos que acampar al aire libre, ¿qué sería de nosotros en estos pantanos, entre legiones de mosquitos, sin un pedazo de leña seca para hacer una hoguera?

Por fin llegamos á Inawui. La calle está desierta, y todos los techos humean literalmente. Los salvajes han encendido el hogar en el interior de sus casas, y como ignoran aún el uso de la chimenea, el humo se escapa como puede á través del bálago, y queda como suspendido en azulado vapor sobre el pueblo.

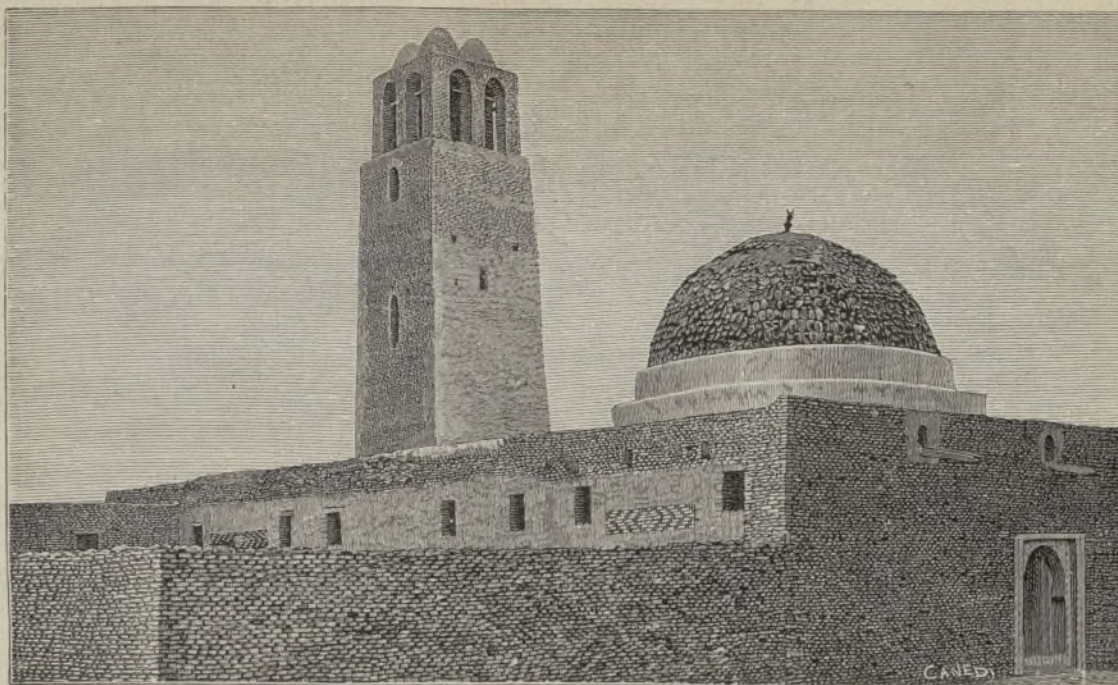
He aquí la iglesia, ¡Dios sea bendito! y he aquí la Misión.

VII Y ÚLTIMO

Última noche en Inawui.—20 de Noviembre.—Navegación por el San José.—Estación de Jesús-Baibua.—Aldea de Babiko.—21 de Noviembre.—Regreso á Puerto-León.—El domingo en Puerto-León.

El Ilmo. Verjus, que nos aguardaba, tuvo la atención de hacernos preparar ropa seca y todo lo preciso para viajeros calados hasta los huesos.

La oración de la tarde cerró piadosamente el día, y como el Ilmo. Verjus y yo teníamos que hacer dos largos viajes en canoa por el San José antes de llegar á Puerto-León, nos retiramos tempranito.



TÚNEZ.—Alminar inclinado y mezquita de Tozeur. (Pág. 306)

El tiempo parecía despejarse, y la brisa, murmurando suavemente entre los árboles, asegurábanos buen tiempo para el siguiente día.

En la mañana del 20 de Noviembre vino á primera hora el comandante, quien al enterarse de que hacíamos construir una almadía de bambús para bajar por el río, puso generosamente á nuestra disposición su canoa y sus remeros para evitarnos los inconvenientes de semejante navegación, no exenta de peligro, como lo sabe bien el Ilmo. Verjus, que ha zozobrado más de una vez.

Al medio día llegamos á la aldea antiguamente lla-

mada Inawaie y después Jesús-Baibua (la paz de Jesús), en recuerdo de la paz restablecida por el ilustrísimo Verjus entre el Gobierno y los salvajes. Estos, accediendo á los deseos de S. I., han cambiado después de la guerra el emplazamiento de la antigua aldea, y en estos momentos construyen la nueva junto al río. Consta de una larga calle de veinte metros de anchura, y trazada en línea recta paralelamente al San José: ciérranla al Sur los edificios de la Misión, y se abre al Norte sobre una altura de la cordillera central de las montañas de Nueva Guinea.

Jesús-Baibua está en plena construcción bajo la dirección de Tomás, uno de nuestros catequistas. Este



TÚNEZ.—Casa de toba en Tozeur. (Pág. 306)

será un pueblo tan grande como Aipeana, pero mejor construido y alineado.

Cada salvaje posee una casa con su huerto.

Luego de haber recibido de los habitantes bananas y patatas dulces en señal de bienvenida, nos volvimos á la canoa y continuamos bajando por el San José durante cinco horas, hasta Babiko.

ha venido á señalar el lugar oportuno para iglesia y residencia.

Dicho Hermano practica la santa pobreza con todo rigor. No tiene sillas ni mesas: todo su ajuar se reduce á algunas cajas conteniendo las provisiones, media docena de platos y marmitas de hierro, una estera, un mosquitero, una linterna y algunos catecismos en imágenes.



COCHINCHINA OCCIDENTAL.—Iglesia de Cau-kho. (Pág. 309)

Este pueblecito se encuentra á unos dos kilómetros del río. En ninguna parte de la orilla se ve señal de habitación, de suerte que el viajero creará sus orillas deshabitadas, cuando este valle es quizá uno de los más poblados de Nueva Guinea.

El H. Jorge, á quien se encomendó esta estación, encuéntrase aquí hace poco tiempo, y el Ilmo. Verjus

Olvidaba en este inventario una hermosa estampa colgada de la pared, representando á San Jorge en traje de coracero romano arrastrando triunfalmente, montado en un blanco caballo, un simbólico dragón.

San Jorge es el Patrón de la casa, y este cuadro excita constante admiración entre los niños de la escuela.

A los salvajes les gustan estas grandes imágenes,

sencillas y con pocos detalles. Tenemos aquí varios de estos cuadros para el Catecismo, pero convendría hubiese una colección completa en cada estación. Una vez bien comprendida la imagen, los salvajes saben la doctrina, y aprenden en seguida y con facilidad las palabras del Catecismo. «Nada hay en la inteligencia que no haya pasado primero por los sentidos,» dicen nuestros antiguos escolásticos: estos sentidos entre los salvajes son los ojos.

La visita del Ilmo. Verjus á Babiko es muy breve, pues es preciso llegar á Mohu antes de la noche. Volvemos, pues, á la canoa, y es ya de noche cuando entramos en Mohu.

Por la mañana del 21 de Noviembre nos levantamos tempranito, pues el Ilmo. Verjus desea llegar á Puerto-León lo más pronto posible.

Pasamos cerca de Bioto, pero nos es imposible detenernos en este pueblo, que cuenta con una escuela y una estación bajo la dirección del catequista Pedro.

Por fin, después de haber saludado al paso con algunos tiros de fusil á los cocodrilos que toman el sol en los bancos de arena de la desembocadura del San José, y de haber atravesado la gran bahía con viento favorable, llegamos á Puerto-León á las cinco de la tarde.

En el muelle los salvajes desembarcan las maderas que han de ser aserradas. En la herrería del H. Simón oyesse el ruido sonoro y regular del martillo cayendo sobre el yunque.

En casa de las Hermanas oímos un murmullo de voces infantiles, que se levanta de la sala de clase y de labor.

Por último, con aire sumamente recogido, el H. Moores hace gemir la máquina en que imprime un nuevo Catecismo que en lengua rora no tardará á publicarse, impreso exclusivamente en la imprenta de Puerto-León.

Al tocar por la tarde el *Angelus*, todos los salvajes, grandes y pequeños, toman el camino del pueblo.

Domingo, 22 de Noviembre.—Hoy los indígenas llegan temprano para oír Misa. Al sonido de la campana los hombres conducidos por Manuel se ordenan cerca de la casa de los Padres, y las mujeres junto á la de las Hermanas, y con el mayor recogimiento entran procesionalmente en la iglesia.

Antes de la Misa se recitan las oraciones de costumbre; se ruega por el pueblo, por los enfermos y por los difuntos.

Al Evangelio el Ilmo. Verjus hace las recomendaciones y los avisos para la semana, y un sermón ú homilía en lengua rora.

Durante la Misa los salvajes entonan cánticos, y después de ella los niños hacen un examen público de Catecismo.

Este día tuve la dicha de celebrar la Santa Misa por nuestros salvajes.

He aquí la primera parroquia constituida, con una constante asistencia á la Santa Misa y á las instrucciones, con confesiones regulares y frecuentes, con Asociaciones piadosas en vía de formación, y esto al cabo de muy pocos años.

Indudablemente, faltan exteriormente muchas cosas para que este pueblo parezca transformado á los ojos de aquellos que no consideran civilizado á un salvaje hasta que lleve el traje á la última moda, y sepa leer, con peligro de emponzoñar su alma con algún libro impío.

Nosotros, que hemos venido con el fin de instruirlos en sus deberes y enseñarles el camino del cielo; que estimamos en su valor sobrenatural el alma de un salvaje en estado de gracia y rescatada al precio de la Sangre de un Dios, estamos en nuestro derecho de alegrarnos al ver estos primeros frutos de la gracia.

Como el segador que á la caída de la tarde contempla sus gavillas amontonadas y abre el corazón á las puras alegrías que el deber cumplido proporciona, así los Ilmos. Navarre y Verjus pueden con aquellos que los han acompañado, mirar con confianza el porvenir, regocijándose en Aquel que ha fecundado sus trabajos.

Otros vendrán á su vez, entrarán en el campo que no habrán desmontado y recogerán el fruto de sufrimientos que no habrán experimentado.

¡Que vengan en gran número y animosos! pues la cosecha está ya en sazón, es abundante y se inclina por sí sola ante la hoz. ¡Que vengan y recuerden que la corona está prometida lo mismo á los que recogen que á los que siembran, pues ambos trabajan para la eternidad!

NOTAS SOBRE CHANG-HAI

POR EL RDO. P. RAVARY, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

MISIONERO EN KIANG-NAN

IV

La gran procesión de penitencia

AYER la ciudad de Chang-hai presentaba una animación extraordinaria. Millares de hombres, en traje de fiesta, circulaban por las calles de la ciudad y sus arrabales. Celebrábase una fiesta religiosa. Por la tarde, desde las dos á las siete y media, desfiló la gran procesión de penitencia. Más de dos mil personas formaban el cortejo, y pasaban de cien mil los espectadores.

En Chang-hai estas procesiones tao-istas se celebran tres veces al año: en el equinoccio de primavera, el 15 de la séptima luna, y el 1.º de la luna décima.

En todas las ciudades del Celeste Imperio y centros algo importantes se hacen procesiones de este género, en las que son paseadas triunfalmente las tres ó cuatro divinidades que la costumbre ha declarado protectoras de la localidad. En este país profundamente pagano, las poblaciones parece experimentan como un impulso irresistible que les hace caer á los pies del ídolo tutelar de la comarca. Multiplicando las postraciones, los sus-

piros y las voces de angustia, piden misericordia y protección. A toda costa es preciso apaciguar á la divinidad irritada y evitar grandes infortunios.

Las cinco divinidades que se llevan en triunfo por las calles de Chang-hai, proclamadas y reconocidas como protectoras de la ciudad desde hace muchos siglos, se llaman: la 1.^a Tsin-kiam-sse, la 2.^a Tsam-jen-sse, la 3.^a Ko-tsam-sse, la 4.^a Ze-pa-sse, y la última es el famoso Tchen-wam-Kuen, que ha recibido sucesivamente en su palacio á las cuatro primeras divinidades.

En otro lugar he dicho algo de la extravagancia de las costumbres paganas, especialmente en lo que atañe á la cuestión de las creencias religiosas y del culto. Las mil y mil ceremonias vanas y pueriles en las pagodas ó en las familias particulares, en público ó en el hogar doméstico, lo prueban con sobrada evidencia. En estas procesiones especialmente se advierten contradicciones extrañas y repetidas. ¡A ellas asisten niños de dos, tres y cuatro años, como grandes criminales con argolla, y cadenas en las manos y los pies! El vestido oficial es rojo color de sangre. En esas marchas triunfales el verdadero triunfador no es el ídolo, sino esos muchachos, adornados con riqueza y elegancia.

—¿Qué haces en la procesión? pregunté á un niño de diez años, al concluir el tercero y último de penitencia.

—Miro á derecha é izquierda: todo el mundo me contempla, porque estoy muy lindo.

En estas solemnidades paganas los papeles están invertidos. Compréndese que los verdaderos culpables, en el hogar doméstico, no son esas inocentes criaturas. Sin embargo, ellas deben expiar por los padres cuando se ha cometido una falta en la familia. Los paganos creen en la eficacia de la expiación para evitar un infortunio. Pero ¿por qué ha de hacerla un niño por los otros miembros mayores de la familia? Esos literatos que disputan largamente por una letra, un acento ó un punto, aceptan sin protesta las sentencias escritas por el bonzo ó el tao-ze, sentencia que llama Ve gnen (hombre pecador) al inocente recién nacido, y á veces son los primeros en colgarla al cuello de un hijo querido que debe ser Ve-gnen en la futura procesión.

Estos grupos de Ve-gnen son numerosos y variados. En el desfile del 4 de Abril vi pasar á más de doscientos. También se aceptan algunas niñas. Las mujeres no pueden asistir á tales reuniones, en las que se cometen excesos. Recientemente el periódico chino de Changai, el *Chen pao*, publicó un edicto del virrey de Fokien prohibiendo á las jóvenes y á las mujeres formar parte de tales cortejos. La orden es fácilmente burlada, y la Autoridad cierra los ojos sobre este punto como sobre tantos otros. Unas diez jóvenes asistieron á la última solemnidad con el vestido completo de los criminales.

Adviértese suma variedad en los grupos de niños Ve-gnen. Los de familias acomodadas van en sillas muy adornadas, y muchos montan en cabalgaduras cubiertas de vistosas gualdrapas. A los más pequeñitos llévanlos en brazos ó al hombro el padre ó un pariente. Algunos, llamados U-tom, se mantienen en pie en hom-

bros de un sirviente. La mayor parte de los niños, de diez, once y doce años, van á pie; pero sólo siguen el cortejo parte de la carrera.

Estos Ve-gnen se dividen en cuatro clases, cada una con distinto uniforme. La primera es la más numerosa. Túnica roja; delantalito blanco; cabellera suelta; cadanita cerrada con un candado; el triángulo de caña, llamado la canga, conteniendo el papel en que está escrita la sentencia del culpable; ligera tablita de madera con dos aberturas circulares por donde el niño pasa las manos; á veces una cadena á los pies, tal es el uniforme, tales son los instrumentos de suplicio que la divinidad impone al culpable postrado á sus pies y que promete, en expiación de los pecados, llamarse su esclavo durante tres años.

Las otras tres clases no merecen el nombre de Ve-gnen. ¿Cómo, en efecto, dar el nombre de criminales á niños graciosa y ricamente vestidos, que no llevan canga ni cadenas? Los de la segunda clase son llamados U-som; los de la tercera Keu-zé, y los de la cuarta Ze-dom.

Los niños, como se comprende, asisten inocentes á estas procesiones. No sucede lo mismo con los otros grupos de penitentes, llamados también Ve-ngen, formados por adultos, hombres de edad viril y algunos ancianos. He aquí una expiación pública, solemne, personal y voluntaria. De dos en dos, grave y silenciosamente se adelantan estos penitentes, comerciantes y artesanos que, despreciando el respeto humano, se comprometieron á los pies del ídolo protector á acompañarlo por las calles de la ciudad durante tres años, vestidos con un hábito que excita el menosprecio. ¿Por qué se imponen semejante obligación? La voz pública la llama expiación por un pecado cometido. Más aún: esta reunión de penitentes es muy vilipendiada por el pueblo, que, juzgando del hecho sólo por las apariencias, los trata á todos, sin forma de proceso, de ladrones y malhechores. Esta nota infamante, lanzada con harta injusticia contra personas que pueden ser honradas, no desalienta la devoción, y el número de penitentes es siempre considerable. Hay de ellos cinco congregaciones: las dos primeras únicamente visten el hábito indicado; se les da el nombre de penitentes amarillos y penitentes grises (Wam-gni-wei y He-gni-wei), ó congregación del hábito amarillo y del hábito gris. Estas dos clases usan el casquete de los tao-zes, pero más alto á causa de que no queriendo cortarse el pelo se ven obligados á ocultarlo dentro de aquél. (*V. el grabado de la pág. siguiente, debajo de la silla del ídolo*).

Las tres restantes congregaciones, mucho menos numerosas, son: primero, aquella cuyos miembros llevan las cazoletas en que se quema el incienso; luego, la de los comerciantes, y finalmente, la de los literatos. Estos discípulos de Confucio, todos en traje de gala, con la bellota en el sombrero, un estandarte en la diestra y montados en caballos lujosamente enjaezados, forman la guardia de honor de una divinidad que la mayor parte de ellos sólo reconocen y saludan tres veces al año.

Los penitentes de la tercera clase merecen verdaderamente este nombre. Dícese que lo que hacen es una ruda

expiación por alguna falta cometida, ó para evitar una desgracia. Pero ¿por qué imponerse una mortificación tan penosa, cuando los penitentes de ciertas congregaciones parece asisten á una fiesta cualquiera ó á una partida de placer? Es ésta cuestión delicada, cuestión de devoción y de conciencia. El caso es que llevar colgado del brazo, extendido en posición horizontal, un braserillo de hierro que pesa diez, doce ó quince libras, y eso durante cinco horas, pareceme una penitencia sumamente dolorosa.

El sistema, inventado sin duda por un devoto adorador de los ídolos, causa verdaderamente lástima; pero, según dicen, no es peligroso para la salud. El paciente se deja taladrar la parte carnosa inferior del antebrazo derecho con una gruesa aguja que introduce sucesivamente cinco hebras de seda muy resistentes, de las cuales cuelga un braserillo de metal para quemar palillos de incienso á los pies del ídolo. Esta primera operación dicen que no es muy sensible. El dolor se experimenta con mucha viveza al extender el brazo con el peso, lo cual sería punto menos que imposible sin un sistema tan sencillo como eficaz que han ideado. Toman un palo de noventa á noventa y cinco centímetros de longitud, con empuñadura semicircular en ambos extremos, una de las cuales apoyan en la cadera, mientras la otra sostiene la mano derecha. El paciente puede de esta manera llevar á cabo, no sin vivos dolores, este penoso ejercicio de devoción.

A estos infelices les he visto, especialmente en la época de los grandes calores, cubiertos de sudor, jadeantes y extenuados de fatiga. Las carnes del antebrazo se les ponen lívidas y como mortecinas. Al llegar á la pagoda depositan en el altar el braserillo humeante todavía, sacan las cinco hebras de seda enlazadas en las carnes, y hacen una postrera adoración al ídolo. El voto está cumplido.

El número de penitentes, sin contar los niños, se eleva comúnmente á la cifra de ochocientos.

Olvidaba un detalle significativo. El uniforme completo de penitente, que cada uno se proporciona á su costa, exige dos insignias necesarias, las cadenas y el sello. Las cadenas, ó mejor dicho, una cadenita de un metro cincuenta centímetros de longitud, la agita de vez en cuando el penitente como si fuese una campanilla. El sello es una planchita pintada de rojo, de veinte centímetros, casi cuadrada, en la cual están escritos por mano del tao-ze el nombre, apellido, profesión y domicilio del penitente.

He trazado á grandes rasgos ese cuadro de costumbres paganas ó más bien diabólicas, y aunque defectuoso y muy incompleto, es instructivo. Contemplando

ese considerable número de millones de hombres encadenados con tantos lazos á los pies del demonio, es grande nuestro amor y reconocimiento á Dios por el beneficio de la vocación á la fe, y comprendemos mejor el favor inmenso de haber nacido de padres cristianos y en país de fieles. ¡Tres veces infelices los que nacen, viven y mueren paganos!



En los cuatro ángulos y arriba, las cinco divinidades.— La gran silla del ídolo.— Grupo de penitentes llevando insignias.— El gran tambor.— Grupo de músicos.— Grupo de penitentes.— Grupo de penitentes comerciantes á caballo.— Grupo de penitentes llevando braserillos.— Desfile de niños Ve-guen

KIANG-NAN (China).— La gran procesión de penitencia pagana de Chang-hai

Grande ha sido mi asombro al ver y contar en las procesiones públicas á tantos penitentes de todas clases. Mucho tiempo ha sabía que entre los sacerdotes de los ídolos sobre todo, había devotos más ó menos fanáticos que se entregaban á crueles maceraciones; pero no sospechaba este hecho curioso y raro, de que gran número de hombres de toda condición se mostrasen á la luz del

día, en las calles de una populosa ciudad, en medio de inmensa multitud y con hábitos de penitencia. La hacen estos infelices paganos, proclamando así la necesidad de la expiación después de la caída original. ¡Qué lección para los incrédulos, y especialmente para los numerosos ministros protestantes que han venido á China, y se atreven á criticar y condenar las santas

prácticas del ayuno y de la abstinencia impuestas por la Iglesia católica!

Una última observación. Estos ritos supersticiosos del hogar doméstico y de la pagoda, estas procesiones y fiestas religiosas, estas inmensas demostraciones populares en honor de los ídolos, son un gran obstáculo que, con muchos otros, impiden la conversión de las

poblaciones paganas. En China especialmente, los misioneros son muchos y celosos, y gran número de Religiosos y Hermanas ruegan, sufren y trabajan. Las oraciones de la Iglesia católica se dirigen sin cesar al cielo por la conversión de este extenso país, y China permanece profundamente pagana! ¡Que el Dios de las misericordias tenga piedad de estos millones de hombres que duermen en las sombras de la muerte!

UNA EXCURSIÓN POR GALILEA

(Continuación)

COMO la noche que pasamos en *Fenin* apenas dormidos, á las tres de la madrugada estábamos ya en pie y disponiendo que se preparasen las caballerías. Era viernes y nos obligaba el ayuno de Regla; deseábamos tomar siquiera un poco de café caliente, pero... era demasiado temprano para tales negocios, hallándose toda *Fenin* en tranquilo reposo. Nos resignamos por tanto á emprender la marcha en riguroso ayuno. Preparadas ya las caballerías, á las cuatro y media abandonamos á *Fenin*, dejándola envuelta en tinieblas moral y materialmente, para entrarnos en el gran campo de *Esdrelón*.

Esdrelón es la más célebre de todas las llanuras de Palestina; su longitud mide doce leguas y su latitud cinco. Según los tiempos y varias circunstancias, ha tenido diversos nombres: llamóse, *Llanura de Jezrael*; *Campo grande*; *Campo de Esdrela*, *Llanura de Magedo*. En los tiempos modernos se llama *Merx-ibn-Amer* (llanura de los hijos de Amer). Amaneciéron en esta hermosa y célebre llanura, teniendo en frente los montes de *Gelboé*, famosos por la derrota del ejército israelita y muerte de Saúl y sus tres hijos, Jonatás, Abinadab y Melquisua. ¡Con qué acentos tan expresivos, tan amorosos y sublimes lloró David la muerte de Saúl y de Jotánás! «Montes del Gelboé, ni rocío, ni lluvia vengán sobre vosotros; porque allí fue por tierra el escudo de los valientes, el escudo de Saúl, como si no hubiera sido ungido con óleo. Saúl y Jotánás, amables y hermosos en su vida, inseparables fueron aún en la muerte, más ligeros que las águilas, más fuertes que los leones. ¿Cómo cayeron los valientes en la batalla? ¿cómo fué muerto Jonatás en tus alturas? Duélome por ti, hermano mío

Jonatás, hermoso sobremanera y amable sobre el amor de las mujeres. Como una madre ama á su hijo, así yo te amaba.»

Siguiendo por el gran campo de *Esdrelón*, á la vista de varias aldeas por allí diseminadas, llegamos á *Zerain*, que es la antigua *Jezrael*; y al pasar por aquel lugar, vi junto el camino un asno muerto, cuyas asquerosas

carnes devoraba un perro con famélica avidez, lo que me hizo recordar el desastroso fin de la impía *Jezabel*. El rey Acab tenía en *Jezrael* un palacio, y cerca de éste poseía Nabot una viña. El Rey deseaba mucho poseer la referida viña, y propuso á Nabot su venta ó el cambio por otra viña. Respondió Nabot que, siendo la viña una herencia de sus antepasados, no la podía vender ó enajenar. Acab disgustóse tanto de la contestación de Nabot, que retirándose á su palacio, echóse en la cama y de rabia no quería ni aún tomar alimento. Acercósele *Jezabel* su mujer, y enterada del motivo de la tristeza y rabia del Rey, díjole: «Levántate y come, y sosiega tu ánimo, que yo te daré la viña de Nabot jezraelita.» Acto seguido escribió *Jezabel* á los ancianos y principales de *Jezrael* una carta concebida en estos términos: «Promulgad un ayuno y haced sentar á Nabot entre los principales del pueblo; y envidad bajo mano dos hombres perversos que atestigüen falsamente contra él y digan: Ha blasfemado contra Dios y contra el Rey. Sacadle fuera, apedreadle, y así muera.» Aquellos viles y malvados ancianos, anteponiendo la adulación y la lisonja á toda razón y justicia, cumplieron al pie de la letra la inicua disposición de la impía *Jezabel*, y avisáronle que *Nabot había sido apedreado y muerto*. ¡Cuántas iniquidades de este género se cometen aún el día de hoy y entre gentes que se dicen civilizadas y de honrada conciencia! Aliviado Acab de su dolencia, bajaba tranquilo á tomar posesión de la viña del desgraciado Nabot; pero el profeta Elías, avisado por Dios, salióle al encuentro y le increpó diciéndole: «¿Maaste, y además poseíste. En este mismo lugar donde los perros han lamido la sangre de Nabot, lamerán también tu sangre; los perros comerán á Jezabel en el campo de Jezrael. La profecía no se cumplió respecto de Acab, porque este Rey cuando escuchó á Elías, arrepintiéndose hizo penitencia de su pecado; por lo cual Dios avisó á Elías que habiéndose Acab humillado con Dios, no enviaría el mal en sus días, sino en los de su hijo. *Jorán*, hijo de Acab y de Jezabel, habiendo sido herido en la batalla de Ramot, se hizo transportar á Jezrael para curarse. Entre tanto *Jehú*, capitán de Jorán, fué proclamado rey de Israel, y vino á Jezrael. Jorán, ignorando lo que pasaba, salióle al encuentro; pero cuando llegó á la viña de Nabot, conoció los hostiles designios de *Jehú* y apeló á la fuga, mas demasiado tarde; porque *Jehú* disparóle una flecha, y atravesándole el corazón murió al punto. Y dijo *Jehú* á Badacer: «Tómalo, y échalo en el campo de Nabot, jezraelita.»

Jehú hizo su entrada triunfante en Jezrael, y cuando entraba, salió *Jezabel* á la ventana y gritó con mucho desprecio: «Zambri que ha matado á su señor, ¿acaso podrá tener paz?» Indignado *Jehú*, dijo: «¿Quién es esa? Precipítadla abajo.» Y al momento fué precipitada y pisoteada por los caballos, y las paredes quedaron rociadas de su sangre. Su cuerpo, arrojado en el campo, fué comido de los perros, que no dejaron de él sino el cráneo, cumpliéndose así la profecía de Elías: «En el campo de Jezrael comerán los perros las carnes de Jezabel.»

Al presente *Zerain* es un pueblecillo miserable, y de sus antiguas grandezas apenas queda vestigio alguno. Pasamos por *Jezrael* sin pararnos siquiera; y media

hora más tarde, dejando la vía directa de Nazaret, tomamos la que se dirige á *Sunán*, que ahora llaman *Sulem*. Tenemos al frente el hermoso monte *Hermoni* ó pequeño *Hermón*, al pie del cual está situado *Sunán*. Estaríamos un cuarto de hora escaso del indicado pueblo, cuando mis compañeros, deseosos de llegar cuanto antes, comenzaron á correr por la llanura. Ellos creían que también yo corría; así es que no pararon hasta que entraron en *Sunán*. Pero yo, aunque probé si podía correr, tuve que ir al paso, porque el fuerte movimiento me molestaba por un dolorcillo que se me fijó en la cintura. Quedéme, pues, en el campo solo, y echando cuenta que era lo mismo llegar á *Sunán* un cuarto de hora antes ó después.

Al fin, llegué al camino que da entrada á *Sunán*, que estaba cubierto por encima á modo de túnel, por la grande vegetación que tenía de chumberas, cañas y otras plantas; seguí por él unos cuarenta pasos, y me encontré con que dicho camino se dividía en dos brazos. Allí me quedé indeciso sobre cuál había de tomar; y decidiéndome por el de la izquierda, iba mirando si hallaba pisadas de caballos que me indicasen el paso de mis compañeros; no hallándolas volví atrás, y tomé el de la derecha: á poco de andar me encontré en un llano cubierto de eras y muchos turcos en ellas revolviendo la paja. No creí prudente meterme por medio de las eras, y volví para atrás al camino de la izquierda, por el cual seguí hasta que hallé una *sunamita*, á quien pregunté si habían pasado por allí mis compañeros. No sé si ella me comprendió, pero me hizo un signo negativo; por tanto, segunda vez desanduve lo andado, y volví á tomar el camino de las eras, resuelto y animado á pasar por ellas por más turcos que hubiese. Llegué, pues, á las eras, y como los turcos me veían ya segunda vez por allí, juzgaron que yo andaba perdido: al momento se me presentó un joven diciéndome: *Jawacha*, *bacxix* (regalo, señor), y prometiéndome enseñarme dónde estaban los otros. Respondíle crudamente que ni le daba el *bacxix*, ni le quería para nada; y picando el caballo me metí por un laberinto de callejuelas sucias, y al poco rato llegué cerca de una casa regular, á cuya puerta se hallaban dos viajeros que por sus trazas conocí eran cristianos orientales. Acercóseme uno de ellos y me preguntó en italiano á quién buscaba. «Busco á mis compañeros», le contesté. Díjome que no los había visto, pero que acaso estarían en el vecino huerto, bajo los limoneros. Entré, pues, en el huerto, y efectivamente, allí los encontré.

Eran las nueve cuando llegamos á *Sunán*, y como nada habíamos gustado en toda la mañana, nos desayunamos con una rajita de sandía que, por el gran calor que reinaba, nos supo á verdadera gloria. Durante nuestra mansión en aquel lugar se nos presentaron unos veinte turcos y tomaron tranquilo asiento bajo los árboles. Nuestro Ibrahim hizo papel de oficial turco que nos acompañaba; entablaron conversación animosa, y era curioso el ver á todos los turcos colgados de los labios de Ibrahim por su facundia y aire magistral. Por fin los turcos, como creían que nuestro maronita era verdaderamente oficial turco, manifestaron sus malévolas intenciones respecto de nosotros. Dijeron á Ibrahim: «Efendi, podríamos degollar á estos pe-

ros cristianos y despojarlos del dinero." Ibrahim les respondió que el hacer cosa semejante sería causa de la destrucción del Imperio turco, puesto que nosotros éramos tres personajes importantes de tres poderosas naciones, Austria, Italia y España; que en poco tiempo pudieran apoderarse de todo el Imperio otomano y de todos los turcos habidos y por haber. Además que nosotros no llevábamos dinero. La contestación, dada con resolución imperiosa, acalló y acobardó á los malévolos turcos.

Sunán está situado, como ya dije, al pie del pequeño *Hermón* ó *Hermoniin*, de que se hace mención en el salmo xli. Algunos han confundido este monte con el otro *Hermón*, que es una ramificación del Antelíbano, cubierto de nieves perpetuas, y que separaba la tribu de Neftalí de la media tribu de Manasés; al paso que el pequeño *Hermón* se halla en la llanura de Esdrelón, frente á frente y al Sud del monte Tabor, y pertenecía á la tribu de Isacar. Al *Hermoniin* debe referirse el Real Profeta cuando clama: *Thabor et Hermon in nomine tuo exultabunt*, y acaso aludiendo á la Transfiguración de Jesucristo, de la que fué testigo presencial el *Hermoniin*. Entre las cartas de San Jerónimo se halla una dirigida á las vírgenes del Hermón; prueba evidente de que en su tiempo existía en aquel monte un monasterio de Religiosas consagradas á la vida contemplativa.

Sunán pertenecía á la tribu de Isacar; junto á ella acamparon los madianitas y los amalecitas antes de entrar en combate con Gedeón, así como también los filisteos antes de la batalla en que murió Saúl. El profeta Eliseo resucitó en *Sunán* al hijo de la mujer que le concedía hospedaje cuando por allí pasaba. Al presente, *Sunán* es una miserable aldea, pero con huertos y campos llenos de exuberante vegetación.

Eran las cuatro de la tarde cuando nos pusimos en marcha, dejando á *Sunán* con todos los mal intencionados *sunamitas*; y tomando el camino directo nos propusimos hacerlo de una tirada hasta Nazaret. A los pocos momentos teníamos á nuestra derecha, algo distante, el sagrado monte *Tabor*. Al cabo de una hora estábamos en el torrente *Cisón*, célebre por la derrota de los cananeos capitaneados por *Sisara* y deshechos por Débora, y cuyos cadáveres, según el cántico de *Débora*, fueron arrastrados por las aguas de dicho torrente.

Entrando después en una buena carretera, subiendo á la montaña, llegamos á Nazaret siendo ya de noche. En nuestro convento nos recibieron con mucha caridad, y descansamos ya en nuestra casa.

DE CARTAGO AL SAHARA

POR EL RDO. P. BAURÓN, MISIONERO APOSTÓLICO

XV

El jaloque.—La noche.—Horas de angustia.—Oasis de El-Hamma.—Tozeur.—Vestigios cristianos.—Ruinas.—La mezquita.

S OPLA violentamente el jaloque; el sol se oscurece, y el calor es sofocante. Arrastra el huracán torrenciosos de arena que se nos cuele por los vestidos, nos desgarran la garganta y nos abrasa las narices,

y por fin en Bordj-Gurbata interrumpe nuestra marcha. Envueltos en una nube de polvo, apenas distinguimos á nuestras cabalgaduras, que siguen unas tras otras por instinto. Ni siquiera veo las orejas de mi caballo. Multitud de piedrecitas nos azotan el rostro, y á pesar del triple velo de tul que me protege, rompen los cristales de mis anteojos. Lucano (*Phars.* IX, v. 422) no exagera, pues, la violencia del viento, cuando nos representa los soldados de Catón sorprendidos por el austro:

...Nullusque potest consistere miles
Instabilis, raptis etiam, quas calcat, arenis.
...Galeas et scuta virorum
Pilaque contorsit violento spiritus actu
Intentusque tulit magni per inania cœlis.

«Ningún soldado puede permanecer en su lugar ni en pie, pues la misma arena que pisa se escurre bajo sus pies. Cascos, escudos y lanzas se arremolinan á impulsos del viento, cuya violencia los lleva por los aires.»

El Sr. Tissot refiere que en el mismo punto donde nos encontramos, una columna tunecina fué sorprendida por el huracán en Marzo de 1857, y durante setenta y dos horas sufrió los efectos de la tormenta. Momento hubo en que aun los caballos más vigorosos tuvieron que tenderse en el suelo para resistir al huracán.

En Ain-Amdu los indígenas han echado en la fuente un perro muerto para impedir que beban los soldados y los Rumis.

Según las indicaciones del comandante Lefebvre, al llegar al poste telegráfico 329 tenemos que torcer á izquierda, y dirigirnos directamente al Bir-Djedid, donde el lugarteniente de la estación ha recibido orden de albergarnos. Seguimos con toda exactitud la indicación, mas el guía empieza á dar gritos afirmando que nos extraviados. Entonces le suplico que abra la marcha, pero continúa prudentemente á retaguardia, sin que por eso, durante dos horas, deje de asegurar que es otro el camino. El caso es que no encontramos el pozo, y que torrentes de cauce seco y espesos matorrales dificultan no poco nuestra marcha. La oposición de Mohamed nos desconcierta al fin, y en vez de perseverar en nuestra dirección, que es la buena, nos volvemos á la derecha, y después á la izquierda, siguiendo sus consejos. Rápidamente se nos viene encima la noche, sin que se descubra la zania cercana á los pozos; y así vagamos perdidos por la llanura. El siroco ha cedido; sin embargo, apenas se ven las estrellas. Sintiéndonos molidos y sin fuerzas, hacemos alto. Son las ocho. El Sr. Hebrard se esfuerza por comer una ala de pollo. El primer bocado no pasa. Nos queda una botella de vino de la Marsa, pero produce el mismo efecto que fuego en mi garganta ulcerada por la arena.

De pronto brillan luces por la parte del Sur, Oeste y Norte. Una de ellas debe ser del campamento. Después he sabido que el lugarteniente conservó los fuegos hasta las once á fin de indicarnos la dirección.

Pregunto á Mohamed:

—¿Cuál de estos fuegos es del Bir-Djedid?

—Este (señalando el Sur), ó aquél (indicando el Norte), ó bien este último (y se vuelve hacia el Oeste).

—¿Entonces, no sabes dónde te encuentras?

—Lo sé muy bien.

—En tal caso, guíanos.

—¿En qué dirección?...

Lo más seguro es acercarnos á la línea telegráfica, de la que nos hemos desviado. Caminamos treinta minutos en la oscuridad. Los fuegos del Oeste se apagan; los del Norte se acercan, y luego desaparecen. Llamamos, y ninguna voz responde á la nuestra. Por fin, damos con un poste telegráfico. Por medio de un fósforo el señor Hebrard lee el número 402. Estamos, pues, en el verdadero camino. Mohamed nos había alejado de la estación. Los fuegos del Norte, que dice distan doce ó quince kilómetros, á nuestro regreso sabremos que sólo están á doscientos metros.

En la imposibilidad de ir más lejos, y temiendo caer en un abismo, nos echamos al suelo, pues sufrí un ataque de calentura y me es muy difícil hablar. El Sr. Hebrard piensa en su familia, y me dice:

—¡Tengo en casa esposa é hijos y todas las comodidades apetecibles, y heme aquí, so pretexto de recreo, acostado en la arena, sin agua ni víveres! ¡Qué locura! ¡A nuestra edad no se emprenden semejantes expediciones!...

—¡Si muero, le contesto, haced un hoyo en la arena para librarme de ser pasto de hienas y chacales. Poned sobre mi tumba una crucecita, y no os preocupéis por conducir mis despojos á Francia!

Luego reina el silencio más profundo. Los caballos están inmóviles á nuestro lado. La botella de vino, poco ha tan ardiente, se ha refrescado, y algunas gotas de él me alivian algún tanto.

Tantas veces se nos ha hablado de escorpiones y *najahs*, que temo su presencia. De improviso siento pasar por mis rodillas un cuerpo ondulante, serpentino. De un salto me pongo en pie, y el reptil huye; pero un horrible estremecimiento me agita de pies á cabeza, pues no ignoro que la mordedura del *najah*, de la víbora trigonocéfala, mata en diez minutos. Sin embargo experimento un sentimiento de íntima satisfacción. Si me he levantado con tanta presteza es porque vivo todavía; no he sido, pues, mordido. Convenimos todos en que la vida es una quimera; pero preciso es confesar también que esta quimera nos es muy preciosa.

Permanezco en vela é inquieto, suspirando por la pronta aparición de la luna.

A las dos una débil claridad blanquea el horizonte, y ensillamos los caballos. Nos faltan recorrer cincuenta y cuatro kilómetros, y nuestras cabalgaduras, que no han bebido en veinticuatro horas, adelantan con tanta lentitud que son las diez cuando llegamos á Bordj-Guiffa. El suelo está removido como si acabase de sufrir una conmoción volcánica. Llamán la atención los muchos esqueletos esparcidos por la llanura, despojados de sus carnes por las bestias de presa.

El Sr. Hebrard se apea y guía con la mano á su cabalgadura. Desaparece detrás de una escarpa, y al dirigirme hacia aquel lado, mi caballo se me resiste. Mientras lucho con él, veo que mi compañero se acerca, con el terror pintado en su semblante, y las piernas llenas de lodo hasta las rodillas.

—¿Qué tiene V.?

—Por milagro no estoy sepultado en un lodazal. De



BULGARIA.—Tipo de indígena. (Pág. 307)

repente me ha faltado el suelo, y me hundía ya en el fango, cuando un violento salto hacia atrás dado por mi cabalgadura al sentir que la tierra cedía bajo sus patas delanteras, me ha sacado del abismo.

Caravanas enteras, en efecto, han desaparecido en ese mar de lodo, de profundidad insondable, sin quedar de ellas el menor vestigio. Este accidente nos vuelve circunspectos y avisados al atravesar el cauce de los numerosos Ueds que surcan la superficie de las arenas, entre el Chott-el-Djerid y el Chott-el-Rharsa.

Encontramos una caravana que abreva su rebaño, y nos dirigimos á la fuente. Corre por el torrente agua cristalina, pero salada, y los caballos la rechazan. El agua de la fuente es blanca como la leche; las mujeres árabes la recogen con vasitos, y saborean aquel líquido arenoso, mientras camellos, cabras y jumentos aguardan turno. Repartimos algunos espejos, y así logramos que nos recojan tres litros de agua lodosa para nuestras monturas.

Este refrigerio nos permite andar veintidós kilómetros, y á las cuatro de la tarde llegamos al oasis de El-Hamma, donde parece recobramos la salud y la vida. Fuentes de agua caliente, ligeramente sulfurosas, llenan muchos estanques. Nuestras cabalgaduras, fatigadas y sin comer hace treinta y cuatro horas, después de una marcha penosa á causa de nuestras evoluciones incoherentes, corren instintivamente hacia los arroyos. Por nuestra parte, sin pedir autorización nos metemos en una piscina romana. Los árabes que en ella se bañaban, salen á toda prisa, como si hubiésemos profanado las aguas. Su retirada nos complace muchísimo. Entre

tanto el jeque, por disposición del guía, nos hace traer galletas, huevos, agua fresca y cebada, que le pagamos con largueza.

Al comer y descansar á la sombra de las palmeras, después de tantas aventuras, experimentamos un gozo inexplicable. Parece que renacemos á la vida. ¡Bendito sea el oasis de El-Hamma! ¡Que Dios le conceda perennemente agua y frutos! Para conservar un recuerdo de esta hora deliciosa, fotografiamos el lugar de nuestro descanso, la piscina y el guía que nos extravió por el desierto. (V. *pág.* 293).

El oasis de El-Hamma tiene unos dos mil habitantes y ochenta mil palmeras. Forma cuatro pueblos: El-Areg, Nsaiba, Nahred y Nemlat, que es el más importante. Las fuentes minerales, cuya temperatura llega á 39 grados, manan de la cima de una duna, escabrosa en sus laderas. Parten de las piscinas multitud de arroyuelos, que corren en medio de graciosos bosquecillos.

Las piscinas son romanas. Los árabes las protegen con empalizadas y un techo de troncos de palmeras.

Otra fuente corre en el fondo de una hoz, y forma un serpentino riachuelo de arenosas orillas.

Desde la cumbre de la duna se ve la inmensa depresión del Chott-el-Rharsa, en donde desembocan el Ued-Tarfani y todas las aguas de la cuenca de Gafsa; pero el espejismo no permite descubrir con claridad el horizonte. El cielo se junta con la llanura, y la noción de las distancias se borra en este campo ilimitado del es-

pacio, donde todos los objetos aparecen mezclados y confundidos.

Los habitantes del oasis nos examinan con interés: no parecen animados de hostilidad alguna, sino desearnos de vernos y saber quién somos, á dónde vamos y por qué hemos venido. La mayor parte se mantienen á cierta distancia, y evitan comprometerse con los dos Rumis. La presencia de extranjeros es casi un acontecimiento.

Sin embargo, en el momento de la partida, muchos con sus mulos, caballos y jumentos nos siguen formando un alegre cortejo por el camino de Tozeur.

El sol está próximo á su ocaso. Seguimos al Este una colina que separa la cuenca del Chott-el-Rharsa de la del Djerid. El oasis de El-Hamma ha desaparecido, y apenas es visible el de Tozeur. Divisamos á lo lejos un punto negro que se va agrandando por momentos. Al cabo de dos horas, franqueados los doce kilómetros que de él nos separan, vemos la copa de las palmeras, un alminar y la cúpula de una mezquita. A poco entramos en una plaza donde caravanas y camellos han establecido su campamento. A derecha, el pabellón francés ondea en la tienda de un mercader, lo mismo que en Dar-el-Bey, la casa del viceconsulado.

El Sr. Enrique, vicecónsul de Francia, y el registrador nos dispensan cordial acogida.

Nos instalamos en las habitaciones del primer piso. Una mesa, dos barreños y dos camas de campaña, con cobertores de lana de colores vivos, componen nuestro lecho y mobiliario. Las sábanas son aquí un lujo desconocido; pero siempre estaremos mejor que en la arena, donde nos acostamos la víspera.

La noche es magnífica. Desde el terrado oímos la música y los cantos de los árabes sentados en cuclillas en el café vecino. Una tranquilidad profunda reina en el oasis. Las estrellas surgen de las profundidades del firmamento con un resplandor desconocido en nuestros pálidos climas.

Los terrados son en Oriente el lugar donde se prolongan las veladas, se tratan los negocios, se urden las intrigas y se transmite la tradición. El humo de la pipa, la claridad de las estrellas, las cálidas brisas y el silencio del desierto invitan á largas conversaciones. El Salvador hacía alusión á esta costumbre de reunirse en los terrados de las casas para respirar el aire puro y adquirir noticias, cuando invitaba á los Apóstoles á predicar sobre los techos la buena nueva y el reino de Dios.

Tozeur es el mejor y más grande oasis del Djerid. Cuenta siete aldeas, todas en los linderos del bosque: Bitchenia, Bled-el-Hader, Zauiat-Serrahui, Djehim, Abbas, Zauiat-Sidi-bu-Lifa y Tozeur, que es su centro más importante, la verdadera capital del Chott y del Belad-ed-Djerid, el país de las palmeras.

En una población de siete mil habitantes encontramos solamente á siete europeos.

La fundación de Tozeur es muy antigua. Bereberes y árabes se han mezclado allí de tal suerte, que casi se ha borrado toda diferencia entre estas dos razas, alteradas asimismo por la infusión de sangre sudanesa. *Tozeur* ó *Tuzer* es una forma de



BULGARIA.—Tipo de indígena. (*Pág.* 307)

Tsur, que ha formado *Tyr*, la fuerte: llámase también país de los *Ksurs* ó de los *Tsurs*, la región al Sud de Gabes, donde abundan las fortalezas. Esta palabra es una de las figuras de Utsuur, procedente de *Assur*, nombre particular del dios Ilu en Nínive, que es el dios supremo, el *On* de los egipcios, el *Baal* de Canaán, el *Helios* de los griegos.

Tozeur formaba parte del reino de Micipsa. Tolomeo en sus Tablas la llama *Tisuros*. Fué sede episcopal, y Benenato, uno de los titulares, condenó en el Concilio de Cabarsussa las doctrinas donatistas. San Agustín le da el título de *Tiguritana*. Asselico, adversario de Donato, y Florentino, desterrado por el rey vándalo Humerico, fueron obispos de Tozeur.

En la aldea de Bled-el-Hader visitamos los restos de la antigua ciudad de Tisuro, que han casi desaparecido para ser empleados como materiales de construcción en los diferentes pueblos del oasis.

En una prominencia del suelo halláanse aún vestigios de un vasto edificio, en otro tiempo adornado de muchas hileras de columnas, cuyos rotos fustes yacen enterrados en el suelo. Templo pagano en su origen, fué transformado en basílica cristiana y más tarde en mezquita musulmana. En medio de la inmensa plataforma, de la que este monumento ocupaba una parte, se levanta una *semah* ó torre cuadrada, construida de ladrillo, que serviría de alminar á la mezquita y anteriormente de campanario á la iglesia cristiana; pues á juzgar por las hileras, es anterior á la invasión árabe: soy de parecer que data de los romanos. Su construcción guarda mucha analogía con los baños de Feriana, también de ladrillo, y con la torre de Nerón y el templo de Venus en Roma. A través de los magníficos huertos lindantes con la plataforma, vemos un pozo antiguo, de profundidad considerable, y á cada paso enormes bloques seculares, especialmente en los lados del Ued que riega y fertiliza el oasis.

Este Ued se subdivide en tres brazos principales, que á su vez se ramifican en multitud de arroyuelos.

Las casas, de un solo piso, están construidas con ladrillos secados al sol. La que reproduce el grabado de la pág. 296 es una de las más bellas. Descansa en columnas antiguas, y pocos edificios tienen un aspecto tan monumental. Los desiertos que rodean la ciudad obligan á la población á renunciar á la vida nómada.

Las calles son sucias; llenas de polvo cuando no de lodo. A trechos algunas bóvedas atenúan la reverberación deslumbradora del sol. A veces unas simples tablas cubiertas con ladrillos, unen dos casas por encima de la calle. Todos los edificios carecen en general de solidez, y muchos se han derrumbado ó amenazan ruína. Los dos alminares principales presentan una inclinación debida, no á un reto del arquitecto á las reglas del arte, como la torre de Pisa, sino á la acción del tiempo y á la inestabilidad de sus fundamentos. Ocho arcadas, sosteniendo cuatro cúpulas en forma de colmena, rematan el alminar ligeramente inclinado de la mezquita mayor. La cúpula del centro centellea con el reflejo de los azulejos amarillos y verdes que la cubren. (V. pág. 296). Otro alminar cuadrado peca contra las reglas normales más aún que la torre de Pisa. Tal vez sea un antiguo cam-

panario, pues vese todavía el lugar de la campana en el arco que lo remata.

Nada hay en Tozeur de lo que tanto amamos en Europa; ni iglesia, ni escuela, ni hospital, ni casa de refugio. No encontraréis allí un sacerdote ni una Hermana de la Caridad. Las obras de la civilización cristiana, muertas en ese suelo hace doce siglos, no han renacido aún.

El párroco de Gabes, que dista cuatro jornadas, es el representante más próximo del culto católico. Todo el Djerid, el Suf, el Nefzaoua, y las ciudades como Feriana y Gafsa, desde Keruán, aguardan aún la presencia consoladora de un misionero.

En cambio el bosque de palmeras continúa siendo el más bello é importante del universo, y es como un sonris de vegetación en medio de los ardientes arenales que lo rodean. No hay en el mundo jardines más frescos, mejor regados, más frondosos y verdes que los del oasis.

Por desgracia, las costumbres son allí algo libres, y el divorcio muy frecuente. Para efectuarlo, es suficiente declarar ante el Kaid y en presencia de dos testigos, que ha cesado la vida común.

PROGRESO DE LA IDEA DE UNIÓN DE LAS IGLESIAS GRIEGA Y RUSA CON LA IGLESIA CATÓLICA

De un excelente artículo que sobre este importante asunto publica *Le Moniteur de Rome*, extractamos lo siguiente:

HEMOS hecho notar anteriormente la importancia de un artículo del diario griego *Féra*, que insertaba el programa de un estudio sobre la unión de las dos Iglesias. Este periódico insiste en la necesidad de que los griegos imiten á los rusos, entre los cuales la idea de la unión de las dos Iglesias encuentra ardientes partidarios. Informes personales confirman la verdad de esta noticia dada por el diario griego.

¿Cómo se explica que esta idea haya logrado tantos partidarios en Rusia y en Grecia, donde antes se arrojaba piedras á todo el que hablase de esta posible unión? Este milagro es debido á la sabiduría de León XIII.

La unión de ambas Iglesias no es para el Oriente una cuestión puramente teológica, es también una cuestión eminentemente social. En Oriente la base de la sociedad es el Cristianismo jerárquicamente organizado, y residiendo toda la autoridad en los Obispos y en los sacerdotes, es un resorte poderoso en la vida social: no hay un acto, no sólo religioso sino también civil, en que no se reclame la bendición del Obispo ó del sacerdote. Pero esta organización eminentemente cristiana tiene un mal que la roe y la amenaza de muerte.

La sociedad en Oriente comprende que á la jerarquía eclesiástica le falta un jefe espiritual, que carece de fuerza y de dignidad, y que los esfuerzos del Gobierno para remediar este mal quitan á la Iglesia todo su carácter divino, colocándola bajo la influencia de un poder de un orden enteramente extraño al orden sobrenatural. De aquí resulta que la autoridad de la Iglesia

disminuye de día en día, las sectas se multiplican, y la irreligión hace progresos terribles y causa males irreparables.

Esta falsa y peligrosa situación no se escapa á los hombres que aman á su Iglesia y que quieren basar el orden social en los principios del Cristianismo. Pero este sentimiento, por vivo que sea, no habría bastado para sacudir al mundo oriental de su antigua inercia, si una gran voz no hubiese resonado en él, indicando el remedio de tantos males y el camino de la luz y de la vida. Esta voz fué la de León XIII: ella ha despertado al mundo oriental y le ha comunicado más ardor, haciéndole ver que el rejuvenecimiento y la salvación de la sociedad en Oriente dependen de su vuelta á la Iglesia romana.

En sus Encíclicas sociales el actual Pontífice ha demostrado que la base de toda sociedad es el Cristianismo, que en el Catolicismo y en la autoridad del Sucesor de Pedro se encuentra un principio bastante sólido para garantizar el orden en las sociedades.

La Iglesia separada de Oriente, con sus Obispos que se llaman soberanos espirituales en sus diócesis y con sus Sinodos, es incapaz, á pesar de todos sus esfuerzos, de presentar un conjunto de principios bastante sólidos para sostener á la sociedad cristiana y salvarla del desorden y de la ruina.

La omnipotencia de las fuerzas del Catolicismo reunidas en la mano de León XIII contra el principio de anarquía y de destrucción, ha mostrado hasta la evidencia á Rusia, á Grecia y á los otros Estados de Oriente la necesidad de la autoridad del Papa, jefe de la Iglesia universal en las cuestiones sociales; esta acción poderosa de León XIII ha patentizado la insuficiencia casi ridícula de toda Iglesia separada del Papa.

Rusia y Grecia recuerdan los tiempos felices en que las Iglesias griega y latina estaban unidas, en que la primera no temblaba en presencia de los males que hoy la amenazan, y piensan que podrían volver fácilmente, puesto que las diferencias exteriores que existen entre ambas Iglesias no afectan á la esencia de la doctrina cristiana: no hay, pues, un abismo que les impida alargarse la mano. Se comprende que esta unión tan deseada por León XIII encontraría en este Pontífice de la paz un admirable instrumento. Rusia y Grecia confían en la ciencia de León XIII, en su conocimiento de los medios más propios para completar esta unión, en sus disposiciones para conceder á la Iglesia oriental cuanto pueda apetecer, con tal que no sea contrario al bien de la Iglesia y á la integridad de la autoridad dada por Jesucristo á San Pedro. Además, rusos y griegos afirman que en su forma de gobierno político y religioso, nada hay que haga aparecer como extraordinario el reconocimiento de la Supremacía Pontificia.

Hemos hablado con particularidad de Grecia y Rusia, pues son las dos principales naciones de la Iglesia oriental; pero la dirección de León XIII ha producido los mismos felices resultados en Rumanía, en Servia y en Bulgaria, donde los hombres más notables de todos los partidos tienen al Papa gran veneración.

Bien sabemos que el camino que nos queda que recorrer para llegar al triunfo de la idea de la unión de las dos Iglesias puede ser muy largo; pero esta pers-

pectiva de inmensos trabajos para llevarla á cabo no debe desalentarnos.

Por otra parte, una correspondencia de Roma, con ocasión de la visita hecha al Vaticano por el Gran Duque hermano del Czar, publica las graves afirmaciones que siguen:

«En Roma, la recepción hecha al Gran Duque, hermano del Czar, fué cordial y simpática; León XIII exclamó: «¡Qué lástima que el hermano del Czar no sea católico!»

Las relaciones de Rusia con el Papa cada día revelan mayor estimación y respeto. De Moscu y de San Petersburgo llegan periódicamente cartas de profesores, de dignatarios y de distinguidos personajes eclesiásticos, declarándose todos con ardor por la unión de las dos Iglesias.

La Santa Sede está al corriente de este movimiento. Sea habilidad, sea convicción sincera, estos benévolos escritores atestiguan un empeño extremado en decir que la unión sería una gran suerte para Rusia, un acto religioso de incomparable consecuencia social y eclesiástica. En Rusia como en Oriente, se forman corrientes simpáticas que siguen esta dirección.

CRÓNICA

España.—El domingo 14 de Mayo se celebró en la parroquia de San Pedro de Ciudad Real la función religiosa que por estatuto dedica todos los años á la Santísima Cruz la Asociación para la Obra de la Propagación de la Fe. Ocupó la sagrada cátedra el M. I. Sr. D. Estanislao de Miguel, penitenciario de la Santa Iglesia Prioral, que ponderó dignamente los trabajos y las glorias del Apostolado católico, y merecimiento de los que con espíritu de caridad favorecen con oraciones y limosnas la predicación del Evangelio.

Roma.—El cardenal Morán, arzobispo de Sidney, en Australia, ha llegado á Roma para felicitar á Su Santidad, acompañado de varios indígenas de su diócesis.

Si es cierto que en el último grado de la escala humana se hallan los australianos, y ésta es la común opinión de los etnólogos, la conversión de esta raza debe contarse entre los más espléndidos triunfos de la Iglesia católica.

La república de Transvaal, en el Sur de Africa, hace cuarenta ó cincuenta años era un país de antropófagos, y hoy puede contarse entre los civilizados. Este prodigio lo han hecho las Misiones. Su Santidad acaba de nombrar prefecto apostólico á un misionero francés que pertenece á la Congregación de los Oblatos de María.

—Dieciocho misioneros de los Padres Blancos se han embarcado en Marsella con dirección á Zanzibar, desde donde se internarán en la región de los Grandes Lagos, entre cuyos habitantes son anualmente numerosas las conversiones.

¡Quiera Dios dar á los nuevos misioneros tan buena cosecha como á sus predecesores!

Bulgaria.—Gracias á la Divina Providencia, que ha bendecido el celo del Ilmo. Petkoff y de sus dignos colaboradores, la fe católica hace muy consoladores progresos en Bulgaria. No ha mucho se consagró una nueva iglesia en Topuzlar, á pesar de las dificultades con que ha tenido que luchar por la falta de recursos. Al pedirnos el sobredicho Prelado excitásemos en favor de su Misión la generosidad de las almas caritativas, nos ha remitido dos fotografías que reproducimos en las págs. 304 y 305. La primera es tipo de un joven búlgaro, y la segunda una discípula de las Hermanas de San Vicente de Paúl.

Birmania Septentrional.—Nuestro grabado de esta página representa una familia de Mandalay cuyos miembros ofrecen la particularidad de tener el cuerpo y el rostro velludos. Acerca de esto una Religiosa de San José de la Aparición, establecida hace muchos años en la capital del Imperio birmán, da los siguientes detalles:

«En Birmania sólo existe una familia de esta especie tan curiosa. Todos los miembros que la componen tienen el rostro cubierto de finísimo vello, lo mismo que el cuerpo. Habiendo muerto el padre, la familia quedó sumida en la miseria: sucumbió una hija poco después, pero queda todavía el hermano y la madre, á quienes he visto muchas veces en nuestra casa de Mandalay. No son más salvajes que los otros; al contrario, parecen más tímidos y algo ruborosos por no ser iguales al resto de los humanos. El año pasado un rico lord inglés vino á pedir á los Reyes esta familia, ofreciendo una suma enorme; pero SS. MM. birmanas, con nobleza que les honra, no quisieron prestar oídos á las proposiciones seductoras del inglés.»

«Era en verdad un espectáculo grandioso que con poderosa fuerza movía los corazones de entusiasmo y devoción, ver el camino que sube la montaña del Carmelo, desde Caifa hasta el santuario, lleno de gente de toda clase y condición, que manifestando devoción la más desinteresada y una firmeza inquebrantable en la fe, subían jadeantes á postrarse á las plantas de la hermosa Reina del Carmelo para presentarle, como á la más dulce Madre, los votos y plegarias del corazón.

«Cuando llegaron cerca del santuario entonaron el *Magnificat*, que fué proseguido por la multitud. Luego celebraron la Misa en el altar de la Virgen los dos Obispos, con cánticos y órgano que ejecutaron muy bien los sacerdotes peregrinos.

«Por la tarde, después de la cena, se hizo la función religiosa, que comenzó á las siete. El P. María Brocardo de San José, carmelita descalzo, francés, les dirigió una breve y sentida plática de espíritu y patriotismo, dándoles la bienvenida y animándoles á publicar la fe de la Francia y la devoción á la Virgen del Carmen. Se cantaron después algunos cánticos con el órgano propios de



BIRMANIA.—Familia velluda de Mandalay.

Tierra Santa.—El Rdo. P. Plácido M.^a del Pilar, carmelita descalzo, escribe desde el Santo Monte Carmelo:

«El 27 de Abril llegó la caravana francesa de penitencia, que por razón del Congreso Eucarístico de Jerusalén ha sido este año mucho más numerosa que los anteriores, pues se contaban setecientos peregrinos, entre los cuales había dos Obispos, el de Basilea en Suiza, y otro de la América del Norte, dos Abades mitrados y cuatrocientos sacerdotes.

«Los Padres del Carmelo fueron al vapor á recibir la caravana el 27 por la mañana, y á las seis de la misma comenzó el desembarque; y aunque muchos se adelantaron para subir al Carmelo antes de la procesión, no obstante ésta fué numerosa y edificante. Los dos señores Obispos iban delante, siguiendo después la cruz y todos los peregrinos en procesión rezando el Rosario en voz alta, mientras que los cañones de los vapores hacían salva á los peregrinos.

la peregrinación á la Virgen del Carmen, cuyos cánticos repetía la multitud que llenaba la iglesia. Después de los cánticos, uno de los Prelados dió la bendición con el Santísimo, y cantado por todos los peregrinos el salmo *Laudate Dominum omnes gentes*, concluyó la función. Salidos de la iglesia y reunidos en las plazas del convento, á una señal que se dió en el Carmelo comenzaron los bonitos fuegos artificiales para recreo de los peregrinos en los vapores que estaban en el puerto de Caifa.

«El siguiente día, 28, celebró de Pontifical el Obispo de Zuiza, cantándose por los niños de las escuelas cristianas de Caifa una bonita misa á voces y órgano. Por la tarde se repitió la misma función del día anterior, en cuyo acto dirigió la palabra á los peregrinos el Vicario general del Arzobispo de Aix, que con fácil palabra y unción evangélica manifestó la antigüedad del culto de María en esta santa montaña, desde que Elías la contempló en la nublécilla novecientos años antes del Redentor.

«El sábado 29, que era el día de partida, después de celebradas las Misas y de haber comulgado la mayor parte de manos de los Obispos, comenzó el movimiento preparativo del viaje. Más de mil caballerías se hallaban al rededor del convento para conducir los peregrinos á Nazaret y Tiberiades; parecía un formidable ejército que se dispone á entrar en batalla. Luego que comenzaron la bajada del Carmelo fueron saludados por los vapores del puerto con veinte descargas de cañón.

«Era sábado cuando marchaba la caravana francesa, y el día siguiente, domingo, á las once de la noche, llegaba al Carmelo otra caravana de Baviera con el señor Obispo de Lins, y á la mañana siguiente otra de Colonia, contando entre las dos de cuarenta ó cincuenta personas.

«Cantaron una Misa á la Virgen del Carmen, en la que predicó el señor Obispo, y después vistieron casi todos el escapulario de Nuestra Madre del Carmen, como también la caravana francesa, menos algunos que lo vestían ya. El mismo día partieron otras dos caravanas.

«También se espera dentro de pocos días una caravana italiana.

«Es cosa que ha llamado la atención de muchos, que se vean este año por Tierra Santa caravanas de ingleses, franceses, belgas, alemanes, de la Rusia y hasta de la América y que no se vea un solo español. ¿Qué sucede en España? preguntan muchos. Yo me avergüenzo al ver que la nación más católica y la que ha conservado siempre la fe más viva y ferviente y por cuyo soberano se ruega públicamente y de una manera especial, con preferencia á todos los soberanos en el Santo Sepulcro, se halla ahora en tal postración que no le permita hacer una pública y solemne manifestación de la fe hereditaria de su suelo en estos lugares sellados con la sangre del Redentor.

«Oremos por nuestro pueblo, para que Dios lo levante como en sus mejores días.»

Cochinchina Occidental.—La parroquia de Cau-Kho es una de las más importantes del distrito de Saigón: cuenta más de dos mil fieles, casi todos cristianos viejos. No es esto decir que sean todos unos santos; pero es proverbial entre ellos la caridad y abnegación, virtudes que ciertamente no quedarán sin recompensa en el día del juicio. Gobiérnales quince años ha un sacerdote anamita, el P. Nhi, con la cooperación de un presbítero indígena.

Durante mucho tiempo no tuvieron otra iglesia que una reducida habitación; pero cierto día el párroco les previno que quería construir una verdadera catedral, idea que acogieron con entusiasmo, prestándose gustosos á secundarle, unos con su óbolo, y otros, los más pobres, con su trabajo. El Ilmo. Colombert, que tanto ama el decoro de la casa del Señor, aumentó con un donativo las limosnas recogidas, y el P. Bouttier, el eminente arquitecto de la Santa Infancia, con su ciencia y actividad levantó la magnífica iglesia de que con tan justo título se enorgullece la parroquia de Cau-Kho. (V. pág. 297).

Golfo de Guinea.—«Con sólo mirar las listas de donativos que llevamos publicadas en esta Revista, dice *El Iris de Paz*, se ve claramente el vivo interés que despertó en los católicos la humanitaria obra propuesta por el reverendísimo Padre Prefecto de Fernando Poo sobre rescate de niñas africanas, mediante la entrega del equivalente á los objetos que dieron sus compradores. Altamente consolador fué para nuestras Misiones el creciente número de subscriptores que se apresuraron á dar el precio de ciento cincuenta pesetas estipulado para el rescate de cada niña; pero no fué menor la pena que experimentaron al observar cómo el maligno trataba de frustrar las miras de la Providencia sembrando la alarma entre los inicuos traficantes de niñas, ora excitando su codicia para que pidieran el quintuplo de lo que ellos habían entregado por éstas, ora soliviantando los ánimos de los jefes de las tribus para impedir que á ningún precio dejaran de ser propiedad suya las infelices cautivas.

«De aquí resultó que mientras la caridad cristiana multiplicaba los donativos á favor del rescate de niñas, éste se hacía más difícil por las causas mencionadas, en términos, que pasando ya de noventa las peticiones de rescate, no hemos logrado que obtuvie-

ran este beneficio sino veintidós niñas; lo cual, como decíamos, se hace muy sensible para nuestros misioneros, que desearían dar mayor impulso á la obra, ya por el bien que se sigue de ella á las pobrecitas niñas, ya para satisfacer los deseos de tan caritativos como generosos bienhechores.

«Uno de éstos ha suscitado en nosotros, ó mejor dicho, ha refrescado en nuestra mente la idea que teníamos proyectado someter á la consideración y resolución de cuantos han contribuido á la obra de que tratamos. Escribe ofreciendo cuatrocientas cincuenta pesetas para el rescate de dos niños y una niña, deseando que se les impongan respectivamente los nombres de *Miguel*, *Antonio* y *Dolores*. Y ¿por qué, nos decíamos tiempo ha, sin atrevernos á exponerlo, por qué no ha de extenderse también á los niños la acción benéfica de la caridad que se ejerce con las niñas? ¿Son aquéllos, por ventura, menos dignos de conmiseración que éstas? Ciertamente que no. ¿Deja de ser verdadera y denigrante esclavitud la de aquellos pobrecitos que, al saber la dicha de otros convecinos y coetáneos suyos que fueron á la Misión, desearían participar de igual suerte y sus padres se lo impiden, quedando envueltos en las tinieblas del gentilismo y en degradada barbarie, de la cual, no obstante, podrían salir si se ofreciera á sus padres algún donativo semejante al que se da por las niñas?

«Recordamos á este propósito un episodio que puede servir de cumplida contestación á nuestra pregunta. En una de las varias expediciones que nuestros misioneros de Elobey y Cabo San Juan tienen hechas por las orillas del Muny, donde abunda la inteligente y vigorosa raza pamue, lograron adquirir cuatro niños para el colegio de Elobey; embarcáronse con los Padres en el bote, no sin gran sentimiento de otros muchachos que quedaban en la playa, y apenas comenzaron á bogar los remeros, de improviso lánzase al mar un niño de ocho años, yendo á nado en dirección al bote; tras de él lanzóse instantáneamente una viejuela que debía ser su abuela, y forcejó y luchó con el niño tratando de llevárselo; pero éste se le fué de las manos y logró alcanzar el bote, rogando á los Padres que le llevaran al Colegio; convencidos al fin y resignados los interesados del muchacho, ingresó en el colegio de Elobey, donde fué muy celebrado su arrojo y decisión, impropios de tan tierna edad, y en el cual demostró con su perseverancia que no había sido una veleidad pueril su ardiente deseo de ir á la Misión, sino una gracia especial de la Providencia.

«Aplaudimos, pues, el feliz proyecto del piadoso donante D. M. T. de promover la redención ó rescate de niños, y agradece-mos su generosidad, doblemente meritoria: primero por el bien que ha de reportar á los niños rescatados en su nombre; y segundo por la eficacia del ejemplo, que no dudamos han de seguir otras buenas almas.

«Terminamos con una sencilla indicación: si alguno de los señores que han dado su limosna para rescate de niñas consintiera en que se aplicase al rescate de niños, tendríamos la ventaja de poder cumplir mucho antes sus deseos, por no haber para ello tantas dificultades (aunque no faltan, según se ha dicho) como para liberrar á las niñas.»

Méjico.—Leemos en *El Tiempo*, periódico de la capital de aquel país:

«Después de haber trabajado durante dos meses en la hermosa ciudad de Guadalajara, la Perla del Occidente de la República, y haber visto la Obra de la Propagación de la Fe recibida con el mejor éxito, Mons. D. Fernando Terrien, sin descanso ninguno, escuchando solamente su celo y el bien que desea á sus hermanos, ha pasado á Zamora con el fin de conquistar esta nueva diócesis á la obra magna del Catolicismo. Sus trabajos han sido fáciles. Parecía, nos cuenta el infatigable misionero, que todos estaban dispuestos y prontos á escuchar y á recibir su llamamiento á favor de los desgraciados infieles, desde S. S. ilustrísimos Mons. Cázares, los señores canónigos y los demás sacerdotes hasta el último de los fieles, todos han querido asociarse á la Obra, y entrar en la gloriosa cruzada que trata de dar la libertad á millones y millones de hombres.

«El ilustrísimo señor Obispo de Zamora se dignará publicar

una carta pastoral dirigida á todos sus diocesanos; mas desde luego S. S. I. tuvo la amabilidad de darles una carta especial de recomendación que con gusto reproducimos. Dice así:

«Recomendamos á los Rdos. PP. misioneros delegados de la «Propagación de la Fe, Mons. D. Fernando Terrien, D. Luis Boutry y D. Francisco Javier Devoucoux, á todos los párrocos, sacerdotes y fieles de esta diócesis de Zamora para que los reciban «en su carácter de misioneros, enviados por la Santa Sede, y les «ayuden cuanto puedan á organizar y á establecer de un modo «constante la Obra de la Propagación de la Fe, tan agradable á «Dios y tan provechosa así á los infieles como á los fieles.

«No es solamente mi voz la que os estimula á suscribiros á esta «Obra de la Propagación de la Fe, es la voz de los misioneros que «dirigen sus miradas hacia nosotros, desde el seno de las naciones bárbaras, enrojecidas á veces con su propia sangre y que «luchan por conquistar las almas para Jesucristo.

«Es la voz de la Iglesia que gime y que llora por esos numerosos esclavos del pecado, que muertos á la fe, muertos á la virtud, muertos á todo sentimiento honesto, llevan en su frente el «sello ignominioso de la reprobación.

«Es la voz de Jesucristo, que desde el fondo de sus tabernáculos «deja escapar un grito de su Divino Corazón, para decir: ¡Oh, «hijos míos, yo he derramado hasta la última gota de mi sangre «por esos mil millones de almas que, semejantes á las olas que se «empujan, corren á precipitarse en el fuego eterno y sus horribles «tormentos; unid á lo menos vuestras limosnas á mis oraciones «para salvarlas.

«¿Quién de nosotros permanecerá insensible á los ardorosos «deseos del Divino Salvador?

«Unámonos, hijos míos, por los dulces vínculos de la caridad, «y socorramos á nuestros hermanos en tan grandes necesidades.

«Zamora, Abril 22 de 1893.—† José María, Obispo de Zamora.»

Ecuador (América del Sur).—En la pág. 289 damos el retrato del Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fr. José Maciá y Vidiella, primer obispo de la diócesis de Loja, honor de la esclarecida Orden Seráfica, gloria de Cataluña, su patria, y lustre del Episcopado ecuatoriano. Nació en Montroig, provincia y arzobispado de Tarragona, y tomó el santo hábito franciscano en Reus, á los dieciséis años de edad, residiendo después de profeso en Berga, donde le sorprendió la sangrienta catástrofe del 1835. A consecuencia de ella pasó á Italia, concluyendo allí sus estudios y dedicándose al ministerio apostólico en compañía del célebre P. José Costes, muerto en Roma en olor de santidad. En 1852 pasó con otros Religiosos españoles al Perú, siendo luego nombrado guardián del convento de Lima y después comisario general hasta su elevación al Episcopado. En la época nefasta del Gobierno del Sr. Veintemilla, fué allí el principal sostenedor de los derechos de la Iglesia, por cual motivo sufrió persecuciones y destierros por parte de aquel despótico Gobierno. Caído éste, regresó á su diócesis, donde fué recibido con tales demostraciones de júbilo, como jamás se hayan hecho al más glorioso triunfador. Allí, á pesar de su ancianidad, ha dado constantes pruebas de celo y actividad incansables, habiendo levantado un Seminario eclesiástico, el mejor de toda la República; establecido las Hermanas de la Caridad en el hospital, con escuela dirigida por las mismas, á que concurren más de seiscientas alumnas; instalado otro colegio de niñas, bajo la dirección de las Hermanas de la Congregación Ecuatoriana de la Beata Mariana de Jesús, y restaurado el convento y colegio de Padres misioneros de la Orden Seráfica para el cultivo espiritual de sus diocesanos y evangelización de los infelices indios que pueblan aún algunas de sus fronteras. Imagen del verdadero pastor de almas, en su avanzada edad visita aún personalmente cada año los pueblos todos de su vasta diócesis, sin exceptuar los más insignificantes, á pesar de que los medios de comunicación son difíciles y casi primitivos en la mayor parte de ellos.

Uruguay.—Un periódico de Montevideo publica la siguiente carta de aquel ilustrísimo señor Obispo diocesano, fechada en Edesa (Orfa) el 20 de Marzo de 1893:

«Después de cuatro días de penoso viaje á caballo desde Alepo llegamos á esta pequeña ciudad, un día célebre: ya nada tiene

que ver, y sólo pasamos de tránsito, no llamando la atención más que la originalidad de las costumbres orientales. De aquí pasaremos á Mardin, y en seguida á Mossul después de otros doce días de jornada. Allí empieza lo interesante del viaje, pues se encuentran cerca las ruinas de Nínive.

«Pero ¡cuántos trabajos nos costó organizar la caravana en Alepo para emprender el viaje! Gracias á los buenos oficios de los Padres Franciscanos he encontrado un trujimán, el Sr. Populani, antiguo procurador de los mismos en Alejandreta: es una persona excelente, de toda confianza, que me acompañará en toda la excursión hasta volver á Damasco por el desierto: lleva tiendas de campaña y todo el ajuar necesario para dormir y comer en el camino: nuestra caravana, que será de seis personas, irá escoltada por soldados turcos que nos facilita el bajá de Alepo, gracias á la recomendación del embajador turco en Roma. He estado en Alepo siete días, siendo muy visitado por los católicos, incluso el Arzobispo griego y el Obispo maronita. ¡Acá es un acontecimiento un Obispo de América! La ciudad excede de 140,000 habitantes; no tiene más atractivo que el de las costumbres de todos los ritos y religiones de Oriente, además de turcos y árabes: una fortaleza antiquísima, aunque no tanto como la ciudad, edificada por Idas, general de David, según una inscripción que en las piedras de la fortaleza acaba de encontrar un Padre Franciscano.

«Aun me faltan sesenta días de viaje para volver por Damasco desde Babilonia; de manera que la cosa me sale más prolongada de lo que creía; pero ya estamos en ello, y no hay más remedio que seguir: la cosa vale la pena, pues, entre todos los viajes, éste es el más clásico. Al contemplar las orillas del Eufrates en Babilonia, veré la sombra de Daniel y Nabu-Kudur-ussur, y me parecerá ver colgadas á los sauces las arpas del pueblo de Israel en la cautividad.

«Pero basta: ¡adiós! Desde tan lejana región, la Asiria, envío mis afectuosos recuerdos á todos.—† Mariano, Obispo de Montevideo.»

Estados Unidos.—La Delegación apostólica establecida por León XIII, ha sido integrada con dos sacerdotes italianos, Mons. Donato Sbarretti y el Rdo. P. Hector Papi. Mons. Sbarretti es oidor de la Delegación, y el Rdo. Papi secretario. Estos sacerdotes están agregados á la Delegación y no al Delegado apostólico. Cada uno tendrá sus obligaciones especiales, y remitirá sus informes especiales al Papa y á la Propaganda.

—Dice el *New York Herald*:

«La altiva y puritana Nueva Inglaterra ha doblegado la cerviz al yugo del que ocupa la Silla de San Pedro. Los fieles de la Iglesia católica romana, según el censo hecho por el Gobierno en 1890, superan casi en un cuarto de millón el conjunto de las denominaciones protestantes que existen en los seis Estados de Nueva Inglaterra. El aumento se debe no sólo á la inmigración, sino también al hecho de que muchas familias del país han abrazado el Catolicismo. Que la marcha progresiva de la Iglesia romana haya de ser aún más rápida que antes en la Nueva Inglaterra, se colige de que mientras los templos católicos se llenan hasta más no poder, los templos protestantes de Nueva Inglaterra, y sobre todo de los distritos rurales, se ven cada día menos frecuentados.»

Concluye el *Herald* profetizando que la historia de Nueva Inglaterra, se repetirá en toda la redondez del país, y que la Iglesia católica romana será la Iglesia de la gran mayoría de los americanos.

Así es de desear, y motivos hay para creer en el espíritu profético del *Herald*.

El sucesor del cardenal Lavigerie.—Lo es el ilustrísimo Combes: nació en Marzeillette, obispado de Carcasona, en 1839; estudiando en el Seminario africano de Kuba; fué párroco de Afreville y secretario particular de su eminentísimo predecesor. En 17 de Febrero de 1881 fué nombrado obispo de Constantina. A él se debe principalmente la construcción de la Catedral dedicada á San Agustín, protector de la Iglesia de Africa, y en otro tiempo su ornamento más insigne.

VARIEDADES

UN MONASTERIO DE LA TRAPA

Mi propósito se limita única y exclusivamente á dar á conocer un monasterio que, á pesar de hallarse situado á poquísima distancia de Madrid, contadas personas le conocen, y eso que otras plumas muchísimo más dignas que la mía han procurado dar publicidad á algunos curiosísimos detalles de la vida estrecha y edificante que constituye la Regla de la Trapa.

Los Religiosos que ocupan el monasterio que voy á describir pertenecen á la Orden del Cister, reformada por el célebre abate francés Armando de Rancé, y son conocidos vulgarmente bajo la denominación de *trapenses*.

Es prior en la actualidad el Rdo. P. Fr. Maria Esteban, humildísimo nombre con que se oculta, libre de las pompas mundanas, el antiguo y bizarro oficial de la marina de guerra española, Sr. D. Arturo García de Cáceres y Maguregui.

Estos Religiosos vinieron á España el año de 1880 (la última vez), y ocupaban últimamente el monasterio que se halla enclavado en la magnífica posesión que tiene en la provincia de Lérida el antiguo ex-ministro de Marina Sr. Pezuela, hasta que hace cuatro años les ofreció su hermosa finca de la Aldehuela un rico y piadoso propietario de Salamanca, cuyo nombre omito por no ofender su delicada modestia, viniendo á poco á establecerse en ella toda la Comunidad, que habitaba el ya nombrado monasterio de Cataluña.

La posesión de la Aldehuela se halla situada á doce kilómetros de Madrid, mide seiscientas hectáreas, y la limita por uno de sus lados el riachuelo Manzanares. Casi en el centro mismo se encuentra el mal llamado monasterio, que es la antigua casa de labranza, con algunas reformas imprescindibles hechas por los mismos Religiosos; después de dicho esto, figúrense los lectores las comodidades con que vivirán los cincuenta frailes que actualmente ocupan la casa convento.

El monasterio se compone: de la hospedería, que la forman cinco habitaciones encaladas, amuebladas modestamente, y que se hallan destinadas para el alojamiento de los escasos viajeros que acuden á visitar la santa casa. Y al hablar de la hospedería, no puedo menos de nombrar al humilde y caritativo hospedero, el H. Ligorio, anciano y austero Religioso, de sesenta y seis años de edad y cuarenta de Trapa.

La capilla es el antiguo granero de la casa, tiene tres altares de madera sin pintar, así como las sillas corales que se hallan en el centro; es una habitación bastante grande, pero algo baja de techo.

El dormitorio se encuentra situado en el piso bajo, al nivel de la hospedería, y en él se hallan los pobres catres con jergón de paja, donde dan el descanso necesario al cuerpo los observantes moradores de la casa.

El refectorio es pobrísimo, las mesas son de pino; no las cubren con manteles, según lo preceptuado por la Regla, y en uno de los lados de la habitación se encuentra el púlpito, de tosca madera, que sirve para la lectura durante la comida.

La sala capitular, nueva por cierto, se halla en el piso superior, y en ella pasan las horas de descanso los Religiosos que no tienen especiales ocupaciones.

La enfermería, cocina y demás dependencias, no tienen de particular sino la excesiva y santa pobreza que tanto recomienda en su Regla el Serafín de Asís.

Los Religiosos profesos de coro llevan cogulla blanca, se afeitan la cabeza, dejándose únicamente un dedo de cerquillo, y usan luenga barba.

Los Hermanos legos llevan un hábito parecido al que usan los Religiosos capuchinos, ó sea pardo, cubierto con una larga capa del mismo color.

Tanto los Religiosos de coro como los legos se sirven de grandes zuecos para el trabajo del campo.

Se levantan á la una de la madrugada, es decir, cuando empieza á retirarse el llamado «gran mundo» en las grandes capitales, y se acuestan á las siete y media, con la particularidad de dormir vestidos y sólo cubiertos con una manta, sirviéndoles de almohada un saco de paja. El día lo reparten entre el rezo en el coro y el trabajo en el campo. Se alimentan únicamente de legumbres, y viven del producto de sus trabajos agrícolas. El silencio mandado por la Regla es absoluto, basando que un individuo lo quebrante tres veces para que pueda procederse á su expulsión; para comunicarse tienen un diccionario especial de señas, y solamente en casos imprescindibles, y con permiso del Superior, se valen de la palabra para comunicarse sus pensamientos. En el cementerio, á donde van á meditar en las horas destinadas al efecto, se halla siempre dispuesta una fosa para el primer Hermano que fallezca. La Orden depende para su gobierno de un General universal, que reside habitualmente en Roma.

A pesar de la extremada severidad de la Regla, esta insigne Orden se halla extendida por toda la redondez de la tierra, y es un hecho digno de notarse que los individuos que componen la casi totalidad de aquélla han pertenecido en el mundo á las clases elevadas, y muchos de ellos al ejército y á la marina.

Mucho bien pueden hacer en España los Trapenses, no sólo desde el punto de vista espiritual, con su vida santa, ejemplar y edificante, sino desde el punto de vista material, fomentando nuestra decadente y descuidada agricultura, pues cada monasterio de esta esclarecida Orden es, además, una verdadera granja-modelo, donde se ensayan todos los procedimientos y sistemas de cultivo conocidos. Por lo tanto, yo creo que es un deber que tienen todos los Gobiernos, amantes verdaderos del progreso y prosperidad de los intereses de su patria, el de proteger directamente á estos ejemplares y austeros Religiosos de la Trapa, que constituyen una joya inapreciable de la Iglesia católica.

M. B. Y G.

Madrid, 28 de Marzo de 1893.

UNA CAZA AL TIGRE EN EL TURKESTÁN

Hacia mucho tiempo que un enorme tigre había aparecido en las cercanías de Teusk, provincia de Semiretch, y causaba numerosas depreciaciones en los pueblos de los Kirghiz y los cosacos. No contando éstos con

armas suficientes para darle caza, anunciaron la presencia del carnívoro al comandante de las tropas rusas, el cual una vez reconocido el cazadero por su gente, encomendó la batida á once soldados dirigidos por un oficial y dos cazadores del país con sus perros.

El tigre, acosado por todos lados, se refugió en un islote de próximamente 300 metros de largo por 100 de ancho, y se ocultó entre los altos juncos que lo cubren completamente. Los soldados se trasladaron á uno de los extremos y comenzaron á ojear á tiros de fusil. No decidiéndose el levante, uno de los cazadores cosacos avanzó por el extremo opuesto, y trató de hacer salir á la fiera. Lo consiguió en efecto, pero con tan mala fortuna que, cayendo el felino sobre él de un solo salto, lo derribó y desgarró á zarpazos; veinte heridas había recibido el atrevido cazador, cuando el carnicero lo abandonó.

Entonces los soldados avanzaron en grupos de dos ó tres, con el fusil cargado en la mano. En esto los detuvo el latido á parado de los perros; dirigieron la puntería al lugar donde aproximadamente debía de estar el tigre, y le enviaron una descarga. Un espantoso rugido fué la respuesta, é inmediatamente apareció la fiera, herida, deslizándose como una serpiente y disponiéndose á saltar sobre los tiradores: saludáronla éstos con una nueva descarga, que también la hirió, pero que no la detuvo; al sentirse otra vez herida dió un formidable salto, mas no habiendo medido bien el esfuerzo, cayó á los pies de un oficial y un cabo. Este último le hundió su bayoneta en el pecho, y el tigre desembarazándose de ella, coge del brazo á su adversario, lo derriba y lo hubiera destrozado, si sus compañeros, acudiendo en su auxilio, no hubiesen cosido á bayonetazos á la fiera, que chorreando sangre á torrentes, al fin sucumbió.

Tenía 9 pies y 4 pulgadas de largo, y pesó 541 libras.

EL FONDO DEL MAR

Volúmenes enteros podrían llenarse, no ya con la descripción más ó menos poética, sino con la sola enumeración de las maravillas que podrían ver atónitos los ojos del mortal afortunado que pudiera descender hasta los palacios submarinos.

Aquellas decoraciones mágicas no tienen en la tierra nada que pueda comparárseles. El palacio de Salomón, de mármol y oro, el harén espléndido de Arund-Al-Raschild, son como una miserable choza de paja comparados con las mágicas madrigueras de coral en donde se alojan los pulpos y las arañas gigantes.

Fuera del capitán Nemo, á nadie ha sido dado hasta hoy recorrer el fondo de los mares.

Entremos con él en sus inexplorados dominios, y ya que no podemos pisar el suelo marino, hagamos que él se venga hasta nosotros.

La luz, filtrada al través de las aguas azules ó verdes del Océano, se descompone en todos los colores del iris, y matiza con ellos las caprichosas columnas formadas por el coral, y terminadas en movibles rosetones. Atravesemos una de esas galerías, semejantes por su esbeltez á un claustro de la Catedral de Colonia.

A la derecha é izquierda se levantan las múltiples

hileras de columnas rojas, divididas del mismo modo que un árbol colosal, como los órganos, los cactus gigantes que limitan por ambos lados el camino de Veracruz á Jalapa.

En éstos, al amanecer, una alegre algarabía que mueven los loros y las chachalacas que en ellos anidan, hienden los aires y regocijan el oído del viajero. En las catedrales submarinas reina el silencio de la muerte.

Colgadas de las bóvedas sin concluir, como candiles vivos, los vizostoros flotan agitando sus múltiples patas, y las esponjas navegan tristemente, sin dar señales de la vida que encierran en sus entrañas.

Porque es lo curioso de la vida del mar.

Allí el reino animal predomina sobre el vegetal, representado solamente por los tipos más inferiores, como las algas y los helechos.

En cambio, los animales inferiores, y el coral en primer lugar, forman colonias de millones y millones de individuos, y al formarse su casa con las capas de cal superpuestas, edifican los maravillosos palacios submarinos.

Pero la vida animal queda encadenada y sujeta á la vida vegetal. El zoófito, cuyo nombre quiere decir que participa de las cualidades del animal y de la planta, en la forma se parece más á ésta que á aquél.

Las colonias de individuos quedan presas para siempre en las rojas columnas que á su costa han edificado.

Fuera de la arquitectura fija, debida á los corales, á las madreporas, á los pólipos, tenemos también los edificios flotantes, de los que el mejor ejemplo es la esponja.

Formada de una substancia elástica, con incrustaciones calcáreas, está habitada por millares de individuos que forman de ella su casa, pero que no pueden abandonarla jamás.

Encerrados allí de por vida, flotan á merced de las ondas, hasta que la traidora red de un pescador viene á extraerlas de su elemento, para destinarlas á usos terapéuticos ó higiénicos, que ni siquiera habían sospechado.

Las estrellas de mar son como la esponja, una habitación caliza de toda una colonia numerosa, pero mucho más pesadas que el agua; no se sostienen á flote, y caen en el fondo de arena, en donde son holladas por los pies de los pulpos, de las langostas y de los cangrejos.

En el fondo de un pedazo de madera ó de cualquier otro objeto flotante, se fijan anafes, y viajan á merced de su punto de apoyo.

Fuera de lugar sería hablar aquí de los grandes monstruos del mar, de las ballenas, cachalotes y delfines, de los que por cierta remota semejanza han recibido los nombres de caballos, vacas y becerros marinos, del tiburón y la tintorera, terror de los puertos, así como en la infinita variedad de peces que pueblan su extensión.

Esto nos llevaría muy lejos, y sólo hemos querido que nuestros lectores se formen una idea de la arquitectura que impera en el fondo de los mares.

X.